

Antología

Los Ilustrados

Antología Los Ilustrados

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

María Claudia López Sorzano
Viceministra de Cultura

Enzo Rafael Ariza Ayala
Secretario General

Antología, compilación y corrección de estilo:
Raúl Harper y Sergio Gama

Prólogo:
Mauricio Díaz

Diseño:
Juliana Orozco

Ilustración de la portada:

Material impreso de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda estrictamente prohibida su reproducción total o parcial con ánimo de lucro, por cualquier sistema o método electrónico sin la autorización expresa para ello.

©Varios autores.
ISBN 978-958-44-9430-6

Primera edición, 2011

Impreso por PUENTES IMPRESORES LTDA
Calle 71 N° 69I- 21
Tels: 6040104- 2400494

Impreso y hecho en Colombia.

Índice

Pasos para olvidar una hipoteca Por Marcela Carrillo	17
Un recuerdo caleño me atormenta Por Santiago Iregui Guzmán	21
El día que no quiero ver Por Diego Pineda	27
REEMPLAZADA Por Leonor Perilla	31
Recuerdos premonitorios Por Isabel Cristina Arenas.	33
BLANCANIEVES Y EL JOE Por Mario Froilán	37
MALA SUERTE Por Claudia Viviana Carrión	43
AL SON DE LA PULLA LOCA Por Diana Hernández V.	47

UNA RAZÓN PARA SONREÍR Por Álvaro Vanegas	49
Conversación corta sobre la taxonomía de un reloj Por Bambi	57
CENIZAS DE SUEÑOS Por María Luisa Pieschacón	59
ELEMENTAL Por Carol Ximena Garzón	67
Vacío Por Mabel Moreno	69
“LA TRISTEZA Y EL ENTUSIASMO BAILAN UN VALS” Por Carol J. Ángel	71
La niña de papel Por Diana Castillo	79
Dejó que un cuervo doblara mi ropa Por McCarthy Newball	83

Gracias a: los talleres que precedieron a éste y que nos dieron las herramientas para trabajar (TEUC, los talleres de Renata, entre otros); a Luziérnaga Café Libro y a Luz María Echeverri con su empeño por apostarle al cuento; a las personas que pasaron por nuestros talleres; y a la Fundación Fahrenheit 451, que nos abre sus puertas y nos acoge.

Los Ilustrados

Prólogo

¡Oh musas, oh altos genios, ayudadme!
¡Oh memoria que apunta lo que vi,
ahora se verá tu auténtica nobleza!

Dante Alighieri, La Divina Comedia, Infierno II

¿Sería temerario afirmar que Calíope ha muerto? ¿Es posible que esta antigua musa de la poesía épica y la elocuencia –considerada por Hesiodo como la principal entre las nueve musas griegas– haya dejado de ser el eje de inspiración de los narradores del Siglo XXI?

Me atrevo a hacerme la pregunta porque siempre ha existido la discusión de si un escritor nace acompañado de un poder divino de inspiración o, si por el contrario, requiere de un complejo y humano proceso de aprendizaje, de causa y error, que sólo permitirá, a los más avezados, tener éxito. Me atrevo a hacerme la pregunta, pero no a dar una respuesta contundente, pues tampoco es ésa mi intención. Al contrario, leer las páginas de

este libro me hace pensar que el trasegar de Calíope por las mentes de los esperanzados escritores continúa, sólo que ahora muchos decidieron, sabiamente, ayudar a la musa con las pautas de los conocedores terrenales.

Indudablemente, aquellas personas, que cuentan con la inspiración (o la musa, si se prefiere llamar) de su lado, tienen una gran ventaja en el aguerrido oficio de escribir. Sin embargo, ese talento y habilidad creativa, en muchas ocasiones, pueden requerir de ciertas pautas que ayuden a que esas historias se desarrollen, en el papel, de manera adecuada. El joven escritor puede intentarlo solo con un largo proceso de lectura y escritura constante, un proceso de causa-error en que se puede naufragar si nunca se aceptan los consejos o comentarios de terceros. Es precisamente allí donde nacen los talleres literarios: de esa necesidad de los noveles de ser escuchados, de ser leídos, de ser oportunamente comentados, corregidos y asesorados.

Hace unos meses, el Taller de Escritura Creativa de la Universidad Central, uno de los talleres literarios más importantes de Bogotá, cumplió 30 años. Este taller, dirigido por el maestro y escritor, Isaías Peña, desde junio de 1981, ha permitido la formación de más de 600 escritores. Además, ha llevado a que muchos, de los que por allí han pasado, hayan recibido más de 150 reconocimientos en concursos de cuento, novela o guión. Durante este tiempo, el objetivo siempre ha sido el mismo: dar unas bases y herramientas suficientes para que el

novel escritor se decida a escribir en grande y en serio.

Entre este grupo de escritores se encuentran Raúl Harper y Sergio Gama, dos narradores colombianos que dieron sus primeros pasos con Isaías y que decidieron hacer de las letras su medio de subsistencia. Harper, vallecaucano, es autor del libro de cuento *Vagabundos V.I.P.* (2007). Relatos suyos han sido publicados en diversos medios impresos y virtuales de Iberoamérica y en las antologías *Cenizas en el andén* y *Letras Capitales*. Gama, bogotano, ganador de algunos premios y menciones, ha publicado cuentos, minicuentos, aforismos y haikus en diferentes revistas y blogs literarios; además, es el subdirector de la Fundación Fahrenheit 451, entidad sin ánimo de lucro que lleva más de cuatro años trabajando con la literatura como una herramienta de inclusión social.

En ese difícil trasegar que se lleva cuando se quiere ser escritor, ambos decidieron, en 2009, organizar una serie de talleres en los que pudieran apoyar el proceso de creación de jóvenes y adultos con deseos de escribir. Primero fue en Luziernaga Café Libro, donde trabajaron durante dos años con cerca de 50 personas. Tras el éxito de este proceso, desde 2011 desarrollan su taller con el aval del Festival de Literatura de Bogotá en que, a la fecha, llevan dos grupos.

De dónde vienen las historias, de qué se habla, cómo recrear ambientes y detallar la narración, cómo crear personajes inolvidables, cómo escoger el narrador ade-

cuado, cómo crear diálogos efectivos, cómo enganchar al lector y cerrar con éxito las historias; éstas son las inquietudes que Harper y Gama trabajan en su taller bajo un programa corto pero contundente.

Dice el Acta de Veredicto del Jurado que otorgó esta beca a la Edición de Antología de Talleres Literarios: “Los tres textos de muestra (Recuerdos premonitorios, Mala suerte, La tristeza y el entusiasmo bailan un vals) son de alto nivel, originales y muy bien narrados. Cuentan con un lenguaje rápido, muy actual, con nuevos aires y recursos literarios”. Esto es precisamente lo que ustedes, señores lectores, encontrarán en estas páginas: 16 cuentos de alto nivel que demuestran el proceso de varios escritores novatos que han sido valorados por sus talleristas y hoy tienen la oportunidad de salir a la luz pública, de abrirse puertas y permitir que ese sentido de vanidad que tiene todo escritor cuando se sabe leído, emerja y les permita, ojalá, hacer parte del comienzo de una nueva fructífera generación narrativa colombiana.

La oportuna beca del Ministerio de Cultura que ha permitido la realización de esta antología demuestra que el trabajo de Raúl Harper y Sergio Gama va por buen camino y es la antesala de un tiempo en que escucharemos bastante sobre su tan magnífica y quijotesca labor.

Por Mauricio Díaz Calderón

Pasos para olvidar una hipoteca

Por Marcela Carrillo

Los últimos rayos del sol chocan contra las construcciones, ocultando de a pocos las formas de Dyckman Street. A los edificios van llegando cientos de personas con el pelo desordenado y el cansancio de otro día expresado en el rostro. Un hombre entra al apartamento. El tren retumba a lo lejos. La luz del recibidor se enciende mientras el hombre deposita junto al paragüero un maletín de cuero color caoba.

Lentamente el hombre se va despojando de su vestimenta a medida que camina hacia la sala, la cual todavía permanece a oscuras. Primero la chaqueta del vestido. Todo lo hace con lentitud. Le pesan los días de trabajo interminable. Lleva sobre sus hombros el peso de la rutina. Por esa razón el hombre se quita la chaqueta del vestido al entrar al apartamento, pues tal vez así el peso sobre su espalda se reduzca.

Pero no desaparece. Se afloja la corbata amarilla y tira de ella como si una serpiente venenosa le envolviera el cuello. Tira de la corbata con fuerza, pelea con ella, la odia, y en su pensamiento sólo está el deseo de deshacerse de ella lo más pronto posible. Sin embargo, todo sucede con lentitud, pues sabe que la serpiente amarilla,

al final, dejará de ahorcarle cuando se desate el nudo.

El hombre suspira. Recuerda a la mujer del metro que lo miraba como invitándolo a escaparse con ella. Llevaba una falda corta y los labios brillantes. Suspira de nuevo para luego dejar de recordarla. Le aprieta el cinturón, le estorba la camisa. Por eso la desabotona. Primero el botón inferior, después el que le seguía, y después un tercer botón para seguir con el cuarto. Parecía que los botones nunca acabarían, como no acabarían los días llenos de cansancio. Todos los días acababan de la misma manera, con los últimos rayos del sol chocando contra las construcciones de Dyckman Street.

Finalmente la camisa cae al suelo tras mucho desabotonar. El hombre se siente observado. Se siente vulnerable. Ya nada lo protege del frío. Ya nada lo protege de las miradas acusatorias. Pero el peso que lo perseguía aún no ha desaparecido. Qué más da que haga lo que le han repetido tantas veces que no debe hacer.

Entonces decide experimentar. Sacude un poco la pereza y el aburrimiento. Sacude las piernas, los pies, las rodillas, la panza. Sacude los zapatos hasta que estos se desprenden de las medias y golpean el suelo. Qué bueno es deshacerse de las cosas que no sirven. Qué bien se siente sacudir el aburrimiento entre los dedos del pie izquierdo.

Ahora, el acto final para ser libre casi del todo... Los pantalones. ¡Ahh! Los pantalones que resbalan por las piernas, caen hasta los tobillos y de una patada vuelan

por los aires como en un partido de fútbol; el público enloquece, grita desesperado. Miles de personas observan el triunfal juego.

—Llamaron del banco hace una media hora, dejaste vencer el plazo de la hipoteca —dije como recitando la lista del mercado—. . . Y tienes el descaro de tirar la ropa por toda la casa. . .

Ya no reconocía al hombre semidesnudo que se paraba frente a mí. Ese no era el hombre con el que me había casado.

Era cierto que la llamada del banco me había puesto furiosa, pero lo que en verdad me molestaba era la forma en que entraba por la puerta, sin ni siquiera notar mi presencia, y la forma de desvestirse y tirar la ropa por ahí.

Lo que me enfurecía era la manera en que tiraba los pantalones y los hacía volar por el aire como si se tratara de una casa de estudiantes. Cuantas veces debía decirle que no se desvistiera en el recibidor del apartamento sin verificar que no hubiera visitas en la sala. El hombre me miraba aterrado, no sé si por la noticia de la llamada o porque sabía que acababa de hacer lo que más me molestaba en el mundo. O si su mueca se debía a que acababa de descubrir que había estado observándolo desde que abrió la puerta del apartamento. Sus ojos casi se desorbitaban mientras permanecía inmóvil con sus calzoncillos grises enmarcando la barriga y sus medias

de rombos a la vista.

—¿No vas a decir nada? —pregunte.

—¿Decir algo como qué?

—No sé... algo. ¿Puedes decirme por qué no has pagado lo de la hipoteca?

Este hombre en verdad lograba sacarme de casillas. No podía ser el mismo que me propuso que nos casáramos a escondidas y que nos fugáramos a una isla tropical. Mi marido se había convertido en un ser que ya no me hablaba, entraba por la puerta todos los días cansado, con el pelo desordenado. Entraba despacio, como si estuviera cansado. Tal vez sí lo estaba. Tal vez se había vuelto desordenado e irresponsable.

Se había convertido en un hombre que se desvestía a mitad del pasillo y creía que la ropa se recogía sola del suelo. Pero, ni las hipotecas se pagan solas, ni la ropa levita por los aires hasta la lavadora.

—Vuelve a vestirme, tus padres nos esperan para comer
—avisé mientras me ponía el abrigo.

La luz del sol había dejado de colorear las construcciones de Dyckman Street. Mientras tanto, el hombre semidesnudo e inmóvil permanecía con una mueca de horror en su rostro.

Un recuerdo caleño me atormenta

Por Santiago Iregui Guzmán

I

Esta noche quiero callarte. Deseo sinceramente coserte la boca con una aguja de coser costales. Lo he pensado varias veces, ya te lo he dicho. Te lo dije de madrugada esa última noche que toqué a tu puerta. Veo que las notas que he dejado en tu casillero han sido ignoradas, pero no me importa. Deseo callarte. Coserte seis veces el labio de abajo y cuatro el de arriba.

Veó que esta noche también trajiste a tu amigo, aquél del acento forzado. No lo tolero. Oigo que la pasas muy bien con él, te pasas de tragos y al día siguiente preguntas por qué eres tan miserable. Tu amigo lleva su acento a límites intolerables. Lo quiero coser a él también. Seis veces arriba y cuatro abajo. Oigo todo lo que dices, todo lo que bebes. Oigo lo poco que te importo, sé que me ignoras, pero yo persisto.

Anoche soñé que construía una máquina que acabaría con mi sufrimiento, acabaría con tu historia y tus intromisiones. No te quiero más en mi casa, no te quiero más en mi cama, estoy harto de tu voz y del acento forzado de tu amigo.

Entonces, tal vez entonces, construya aquella máquina con la que soñé y pueda desde acá silenciarte de una vez, para que me dejes dormir, vecino hijo de puta.

Entonces, tal vez entonces, construya aquella máquina con la que soñé y pueda desde acá silenciarte de una vez y que me dejes dormir, vecino hijo de puta.

Entonces, tal vez entonces, construya aquella máquina con la que soñé, para desde acá silenciarte y me dejes dormir de una vez, vecino hijo de puta.

II

Anoche llegaste borracho, oí tu llavero abultado dando tumbos contra la chapa como un cencerro en retirada en medio de una pradera lluviosa. Pensé ayudarte después de oír tu frente contra la puerta y el suspiro frustrado, pero recordé los malos momentos y me embriagué en el rencor caliente de mis cobijas.

Deberías quitar el jarrón de barro de la entrada, no tiene sentido que cada vez que entras borracho lo patees y debas pegarlo pieza por pieza al día siguiente, esperando que tu mamá no lo note. Eres un borracho de mal gusto, siempre quieres más, te lo dije aquella mañana de la cual tú ya no te acuerdas. Me miraste con los ojos entrecerrados, tambaleándote, pidiéndole silencio desde la puerta al del acento y al gordo, jodido gordo.

Anoche, en medio de los destrozos del jarrón oí que buscabas la caja de aguardiente que creíste haber dejado la última vez, pero no te diste cuenta de que tu amigo, el del acento, había salido colgado de ella dando tumbos y hablando sinsentido, un sinsentido con acento.

Al menos hoy estás solo y tenemos un momento para los dos, tú sumergido en tu vómito y yo en el perverso placer que me genera tu sufrimiento. Sonrío. Te hablo desde la tibieza de mi cama y miro a la oscuridad visualizando tu agonía.

¿Quién timbra?, no abras. Tienes sueño, recuerda el jarrón y tu clase de mañana, recuerda la promesa de la última vez, no la incumplas, no me seas infiel.

Espera ahí tendido, no te levantes, les diré que saliste o que nunca entraste. Les diré que viniste y saliste con prisa, que llevabas una maleta de tres días o un muerto pequeño. Ellos reirán borrachos y se irán, y, así, podremos dormir finalmente tú y yo. No abras. El sueño me detiene. Tal vez mi pijama ridícula no le guste a tus amigos. No podré salir, no lo hagas tú, prometo que si no lo haces no dejaré más notas en tu casillero, ni ridiculizaré tu música nunca más. Sabes que disfruto a Vicente Fernández tanto como tú. Solo si lo pusieras un poco más bajo, lo cantaríamos juntos, podríamos inclusive poner aquella que tanto te gusta y silvas con tanta gracia y acompañas con las llaves o el tenedor, ¿es eso un tenedor? Qué gracia y

buen ritmo llevas en cada silbido, no importa que no sepas la letra completa, para qué saber las letras completas, tú lo sabes mejor que yo.

No te levantes, mira que ya se van, ellos también deben dormir, al fin y al cabo el del acento es un buen chico, solo un poco falto de identidad, pero qué más da de dónde se es; qué más da en este mundo globalizado. Lo abrazaría a él también, tan pequeño como lo imagino, tan único como puede ser. Pero hoy no, lo abrazaremos mañana. Qué tal después de tu parcial de inglés. Juro que no me burlaré nunca más de tu deficiente pronunciación. Para qué el inglés, lo has dicho tú, y te doy la razón, para qué, si estas letras tan sentidas que nos unen se escriben en español. Piensa en mí.

Por qué abriste, desgraciado. Por qué revives de las profundidades de la inconciencia para atormentarme como un recuerdo freudiano. Eres la niña fea que quería casarse conmigo, eres el pequeñajo de primaria que me quitaba los zapatos, eres un sueño de lobos, eres una fijación reprimida, eres un borracho de siete vidas.

III

Recuerdo de Led Zeppelin debajo de mis cobijas

Hoy te noto triste. ¿Qué pasa? Te oigo suspirar detrás de la puerta del baño, con la luz encendida y el agua corriendo para ocultar tu llanto. Dime qué tienes. No te ocultes, te conozco bien, te conozco de varias noches. Acaso fue esa chica, la del perro, la que te hizo daño.

Llevo tres semanas durmiendo en silencio, te extraño. Algunas noches me despierto a la madrugada en medio de un silencio tangible y oscuro. Es frío tu silencio, triste como tu ausencia. A dónde fueron tus amigos, a dónde fue el del acento; por qué él también silenció su hablar atorado. La última vez reí un poco con él, dijo algo gracioso, lo recuerdo; todos reímos y yo no dormí oyendo tus historias de la época de la violencia en Cali. No sabía que ya no había violencia, no salgo mucho, sabes.

Pensé alguna noche que tal vez algún día tú, el del acento y yo iríamos a Cali, y pasearíamos por la quinta, como tú la recuerdas cuando bebes, y tomaríamos champús y hablaríamos todos con acento. Tal vez el del acento le podría dar unos retoques a su acento y en unos días podríamos llamarlo por su nombre.

A dónde fue tu risa, a dónde fueron tus demostraciones de afecto eufóricas y prolongadas, tus já secos. Por qué ya no ríes con los videos caseros de animales. ¿Recuerdas el loro que atacó al perro y el perro que solo corría y miraba atrás con la cola entre las patas, y la cámara que daba tumbos? Era gracioso, y tú sólo reías y querías verlo de nuevo, y yo no entendía por qué. Yo sólo quería leer, y no entendí que tú sólo querías reír y el perro que sólo corría y el loro que lo mordía, y la cámara...

Lamento cuestionar tu humor, soy insensible y frío, soy cruel. Soy todo eso y todo lo que pensé de ti. El problema soy yo, no eres tú. Dame una oportunidad, una noche más de tragos, una noche más de drama, haz que llueva, rain down, come on, rain down on me. Anímate, revive y no me dejes dormir, que mañana me pregunten por qué la cara, por qué las ojeras, y que yo con una sonrisa pueda pensar en ti, y decirle a todos que estás de vuelta, que sólo fue una falsa alarma, que no tendré que mudarme.

Ayer pensé pasar un momento a saludarte, llevar una cerveza o dos, pero no sé si estés de humor. No sabría cómo empezar. Tal vez ya no te guste hablar de fútbol, ni de dinero, tal vez ahora leas a Dostoievski y prefieras el té verde sin azúcar, ¡oh!, dulce tortura, a dónde te has ido sin decírmelo.

El día que no quiero ver

Por Diego Gómez Pineda

Llegará un día en que, en la puerta de un restaurante, te vea del brazo de tu esposo, llevando a un niño pequeño de la mano. Me verás, amor, y soltarás su brazo, aunque no el del niño. Tu corazón palpitará nervioso una alegría olvidada, sólo repetible conmigo. Y en la sabiduría de tu decencia intentarás disimular lo inocultable ante tu celoso marido, porque él no sabe que hubo un Lorenzo, ni merece saberlo ahora. Es historia íntima, es pasado. Me acercaré a saludarte porque soy así, pero más nervioso de lo que tú puedas estar. Tres frases cortas sellarán una diplomacia fingida (nosotros nunca usamos diplomacia, siempre fue sinceridad, frescura y pureza en nuestro trato) y cada quien seguirá su camino. Sin procurarnos medios para contactarnos en el futuro porque yo no querré, tú intuirás mi voluntad y no lo preguntarás; o porque tu esposo te escolta y te avergonzará mostrarle que me aprecias.

El mesero los guiará a su mesa, yo regresaré hacia la mía y sentiremos que la injusticia de las apariencias nos obliga a ocultar nuestros sentimientos de cariño, como si haber querido y haber adorado fueran

pecados. Te molestará tanto como a mí no habernos encontrado solos y no habernos podido fundir en un abrazo liberador, conversar con alegría, dedicarnos una tarde, conocer el nuevo estado de nuestras vidas. Pero me alegrará verte junto a un hombre, que parece serio y aburrido, aunque en el fondo se ve que te quiere y es bueno. Te intrigará saber quién será la chica que alcanzaste a entrever en mi mesa, sobre todo porque en mis manos, y en eso sí que te fijarás, no habrá argolla. Sentirás curiosidad de saber si después de ti pude encontrar felicidad. Cuando me sirvan esa pasta marinera, tu plato favorito que ordené por casualidad antes de encontrarnos, pensaré en cuántas veces insinué que nos casáramos y nos escapáramos. Adivinarás que en ese instante, mentalmente, estaré haciéndote el reproche de por qué él y no yo. Me conoces bien.

Tras la incómoda cena, cuando busques y encuentres mi tímida mirada de adiós, un adiós bonito y triste, tu hijo pedirá que lo levantes en brazos y tu esposo, casi a empujones, preguntará por qué no lo sigues.

Cada uno se irá hacia su propia vida, amor, esta vez para no vernos jamás, ni por azar. La visión fantasmal, nuestro encuentro sorpresivo redundará en tu cabeza el resto del día. En unas pocas horas vivirás la vida que pudimos compartir y nunca sucedió. Serás, por un breve tiempo, feliz. Y no es que no lo seas ya, pero sentirás esa felicidad con vértigo, sin rutinas, emo-

cionante como nuestro amor. En los confines de tu corazón revivirás todo nuestro cariño, nuestra pasión, nuestra bella amistad. Quizá una lágrima se atreva a asomar al tiempo que tu esposo, sin verla, notará sólo en su conversación transformada en monólogo, que tu mente está en otra parte y acaso te lo hará saber.

Y tu mente se habrá quedado prendada en mi imagen, en el rostro envejecido, en el pelo con algunas canas, en los mismos idénticos ojos, en el nuevo recuerdo que desde ese día empezarás a escudriñar cada vez que alguien nombre a algún Lorenzo o a mi escritor favorito (Faulkner) o a mi equipo de fútbol o a quién sabe cuántas cosas más. Y el rostro juvenil de tu Lorenzo, ese rostro que reposaba añejo en tu memoria y que alguna vez quisiste reconstruir a la fuerza (para lo cual habrás tenido que revisar a escondidas alguna foto caduca), ese rostro casi olvidado, habrá recibido el permiso ansiado para morir en algún lugar del universo en donde tu mente haya querido reemplazarlo por la imagen envejecida. Sólo entonces descansaré para siempre porque tu Lorenzo, ese Lorenzo que hoy es, pero mañana entenderás que fue tuyo; era el Lorenzo joven y no ese hombre mayor que apenas palpaste y que en realidad no conoces, de quien nada sabes ya, aunque bien sospechas que es el mismo. Será el permiso concedido por Dios para olvidarnos uno del otro. Para que nuestros recuerdos puedan morir en paz.

Te dejo esta carta y me marchó, para verte sólo hasta ese día. No quiero más dolor, más decepción, más ingratitud. Saldré a respirar y vagaré por esas amistosas calles que nos han visto tomados de la mano, cariñosos y felices, para despedir nuestros recuerdos. Te dejo porque sospecho que es mejor retirarme ahora y no seguir junto a ti, criando un odio nuevo. Porque no entiendo qué más debo hacer, después de entregarte mi alma, para que me quieras como antes.

Caminaré hasta que la mente me abandone y exija descanso de ti. Caminaré hasta que me convenza de no alimentar esta dañina esperanza para mi tranquilidad y mi salud. Caminaré hasta que comprenda que no podrás valorar mi amor de nuevo, que tu corazón no volverá a vibrar para mí, y pueda suspirar y olvidarte. Caminaré hasta que mi sangre no hierva y entienda que nuestro fin también será mi libertad.

O, quizás, caminaré hasta que me encuentres y prometas que todo va a cambiar, que quieres volver a ser mía y que no vas a volver a jugar conmigo. Y yo, ingenuo, te mire a los ojos y te vuelva a creer.

Reemplazada

Por Leonor Perilla

Mi vida en esta casa nunca fue fácil: Daniel me cogía a punta pies cada vez que su mamá le pedía que se ocupara de la leche achocolatada. Creo que hasta envidia me tenía, o rabia, o era yo el objeto de su desquite, del odio hacia su madre.

Papá, como le decían todos cuando llegaba a medianoche con varios traguitos en su cabeza y leve movimiento de cadera, me trataba como se le daba la gana. A veces, incluso, hasta con cariño. Creo que yo le recordaba a su amiguita Clara, la del piso trece. Por alguna razón siempre le gritaba su esposa: ¡La bruja de la Clara... y su cuerpo inmundo de nevera!

Sólo Andrés y yo teníamos una relación digamos que cordial, por decir lo menos. Conmigo dejaba mensajes a sus padres cuando no los encontraba –es decir todos los días–, y al antipático de Daniel pidiéndole que respetara sus libros, que no rayara sus cuadernos ni usara sus calzoncillos, porque luego tenía que tirarlos a la basura, con todo y sus gérmenes. Creo que llegamos a convertirnos en cómplices, ya que yo le guardaba con recelo sus cuitas, y le escuchaba sus

quejas y sollozos luego de cada rumba. Casi me convertí en la madre que añoraba: una que le prodigaba refugio y refresco después en sus guayabos.

¡Cuánto viví en esta casa! ¡Cuánto los empiezo a extrañar desde ahora! Especialmente a Andrés y su interés de hacerme su amiga. ¡Cuán sola e inútil me empiezo a sentir ahora!, mientras espero que pasen las horas y los días hasta el próximo fin de semana, cuando seré, ya me lo anunciaron, REEMPLAZADA por un gran nevecón cómodo y espacioso, como lo requieren las familias modernas.

Recuerdos premonitorios

Por Isabel Cristina Arenas.

Hoy es lunes, hoy pasa la basura.

No me gusta recordar; borro fotos, boto objetos, porque no me gusta tener nada físico que me haga sentir nostalgia, con el presente basta. Sólo una vez tuve recuerdos materiales y se vinieron abajo, literalmente.

Eso fue el viernes pasado, una mujer kamikaze de Al Qaida acabó en menos de dos horas con la Torre Eiffel. La noticia la supe por Ricardo, mi mejor amigo que vive en Francia y que esperaba mi visita este diciembre. Yo iba subiendo por el ascensor de mi edificio cuando recibí su llamada, me contó que había visto desde la ventana de su estudio cómo se iba cayendo la torre por pedazos. Tan pronto colgué, abrí mi apartamento, cogí el cuadro, la torre y el separador de libro, los puse en una bolsa negra, me regresé por el pasillo y los mandé por el chute de la basura desde el sexto piso.

Mientras la bolsa caía, borré con rabia el teléfono de Ricardo. Crack, sonaron los cristales del cuadro en el fondo del túnel. Todos mis recuerdos de París los había creado en un viaje a Nueva York. Todos mis ahorros iban a ser para ver la torre de verdad este fin de

año. Pero rompí una promesa sobre guardar recuerdos que me había hecho a los 25 años, cuando se murió mi papá. Su casa estaba llena de cosas: miles de fotos con letreros detrás, botellas vacías de algún perfume, hormas de zapatos de todos los tamaños, guitarras sin cuerdas, flores secas, libretas de teléfonos, relojes parados y hasta mechones de pelo; cosas que le quitaron espacio para vivir, las ganas de viajar y que, en últimas, lo mataron de tristeza.

A las 5 de la tarde pasa la basura.

El cuadro, ¡cómo me gustaba! Había visto la imagen por primera vez en la clase de artes en la universidad, la mejor clase de toda mi carrera de ingeniería. Mi profesora proyectaba con filminas las obras que estudiábamos en el momento. Recuerdo que estaba recogiendo algo del piso y cuando me levanté vi toda la pared amarilla, cerré un poco los ojos para enfocar y otros colores formaron un gato, un marco y una torre que me hicieron entrar en París en un solo segundo. El cuadro era París por la ventana, de Chagall.

Dos años después de guardar esa imagen en la colección de recuerdos mentales (que por inevitables son los únicos que tolero), hice un viaje de tres días a Nueva York. El único objetivo de ese fin de semana era ver de frente el cuadro de Chagall, así que el primer día dejé la maleta botada en la cama del hotel, pregunté cómo llegar a Manhattan, tomé el New Jersey Transit,

después el metro y llegué al Guggenheim. No encontré mi carné de estudiante y tuve que pagar los 18 dólares de la entrada. Con un papel-guía en la mano subí corriendo las escaleras y vi al Violinista Verde, después un reflejo amarillo me hizo voltear hacia atrás; era la imagen de París vista desde más de diez ventanas en menos de un segundo, con colores más brillantes y diez veces, otra vez diez veces más grande de la que había visto reflejada en la pared del salón de clases dos años atrás. No pude evitar comprar una postal con la imagen a la salida del museo, la misma que hasta el viernes pasado tenía enmarcada en el centro de la pared blanca de la sala de mi apartamento.

Al otro día (sábado) salí de la Quinta, el hotel en donde me estaba quedando, y me fui para Chinatown a caminar, a ver letreros de todos los colores y a comer landután o ramdután, no le entendí bien al vendedor, que es una frutica con cara de erizo de mar muy roja que siempre hay en los mercados callejeros. Y por ahí, entre colgantes para la suerte, bambús enrollados y señores que escriben el nombre de los turistas en chino, encontré una torrecita de París de unos diez centímetros de alto que valía 50 centavos. Era casi regalada porque le hacía falta un pedazo de la punta. Me dio tanta tristeza pensar en lo geográficamente perdida que estaba, desde cualquier punto de vista, que saqué dos monedas y me la llevé. Al fin y al cabo no era un recuerdo de Chinatown ni de Nueva York, era una

obra de caridad que después puse como único adorno en mi biblioteca.

En mi tercer y último día tenía tantos lugares por conocer que me tomó todo el recorrido desde el Liberty hasta la Estación Central para decidirme. Pensé en la Estatua de la Libertad, en lo que fueron las Torres Gemelas, en el Empire State y hasta en el zoológico del Central Park, pero por ese tema de evitar recuerdos me decidí por Little Italy. Comí en uno de los restaurantes que invaden las calles, caminé entre las ventas callejeras de llaveros y postales de Marlon Brando, mientras oía la eterna banda sonora de El Padrino; y, en una caja casi sobre el piso, encontré un separador de libro en que la punta de la Torre Eiffel se doblaba para apartar la hoja de turno. Costaba sólo 30 centavos y, así como la torrecita que compré en Chinatown, también parecía perdido entre tantas copas, ceniceros, encendedores, lapiceros y banderas de Italia.

Esa noche cuando llegué al hotel, guardé la postal, la torre sin punta y el separador dentro de mi maleta, tomé un bus hasta el Liberty que quedaba a menos de 10 cuadras de mi hotel y en la madrugada, al llegar a Bogotá, puse los únicos adornos de mi apartamento que tuve hasta el viernes pasado.

Fueron tres días en Nueva York y tres recuerdos de París. Ahora tengo que regresar, ya pasó la basura.

Blancanieves y el Joe

Por Mario Froilán

—(¡Joe, vení, mirá!)

El trole va y viene raudo (¡los va a atropellar!), junto a los Ford Mustang y algunos taxis. El atolladero, al cruzar la carrera diecisiete, aumenta nuestra ansiedad observando a la viejita. En la acera opuesta ella ha hecho varios intentos de cruzar la vía (¡la va a atropellar!). ¡Se hace tarde, marica! ¡Las seis? Deberíamos pasar y ayudar a la señora... Pero ha dejado de amagar y contempla, derrotada, la casa, con ansias de regresar (¡uf, casi me pillá!) ¡Aquí, ya, vamos güevón!, grita Jorge Ernesto, mi hermano menor, con cierta sorna que señala a las claras que soy más lento que la veterana. (¡Qué lentos!) Un colectivo pasa rozando nuestras narices y detiene nuestro intento. ¡Tiene huevo, esta no es ruta para busetas!, grita Jorge Ernesto. El chofer saca el brazo izquierdo por la ventanilla mostrando la engrasada mano convertida, tras los repliegues de cuatro de sus dedos, en una insultante pistola social y se larga (¡ja, ja, ja!).

—(¡Joe, vení, mirá!)

¡Bruja amargada, qui'hubo del mandado! Una mujer negra vocífera contra la señora que no ha podido cruzar la calzada. (Un matrimonio africano es-

clavo de un español). Insistimos en franquear nuestro destino y lo logramos. Estamos al otro lado. La anciana desea pasar pero dos troles se lo impiden. (Él le daba muy mal trato y a su negra le pegó). Nos acercamos a ella y nos sonrío, presagiando el próximo grito de la morenaza, mientras ésta ase a el jardín con un rastrillo metálico en la única casa que, a esta hora, no ha encendido las luces. La afrodescendiente mide dos metros y se asemeja a un poste con su farola fundida. (Y fue allí, se rebeló el negro como venganza por su amor). Oscurece en Bogotá. ¡Ahora sí; se juntaron el hambre con las ganas de comer! ¡Decídase! ¡Que pasen estos dos enanos! Mi hermano y yo levantamos la cabeza, confundidos, conduciendo a la anciana al lugar donde comenzó esta historia. El trole va y viene raudo (¡los va a atropellar!), así como los Ford Mustang y algunos taxis. El atolladero al cruzar la carrera diecisiete aumenta nuestra intranquilidad y el silencio atormentado de nuestra impotencia. La indignidad total, nada decimos, solo sentimos. De todas formas estamos perdidos.

—(¡Joe, vení, mirá!)

La silueta de la inmensa mujer persiste en insultos, encabritada desde el jardín en sombras. Por instantes me olvido de la tenue luminosidad de la calle y la penumbra de la casa me estremece. El ambiente siniestro se acentúa con cada grito de la negra y por momentos me acobardo. La regresión inminente

ante el estrujón de mi hermano me trae de nuevo a la carrera diecisiete alejando la pesadilla, resuelta con un ímpetu que desconozco. Quiero acercarme, insultarla, abofetearla, pero la mirada y la respiración decidida de Jorge Ernesto me lo impiden. (Y aún se escucha en la verja, no le pegue a la negra). Lo único que me resta es seguirlo, pero cómo, si vuelve el atolladero. Más carros. Y dos bicicletas deportivas. La fijación en un solo objetivo es el principio del éxito. Pasamos, incólumes. Llegamos, decididos. La anciana bruja ha desaparecido como por arte de magia. La hemos salvado de la arbitraria mujer que, empeñada en pelear, la toma ahora con otros dos niños que pasan frente al jardín. ¡Caminen enanos, sirvan de algo, bonitas horas de estar en la calle! ¡Culicagados insolentes! Ellos corren, despavoridos, como queriendo desaparecer, enseñándole a la gritona sus asustadas miradas que, al cruzar con las mías, advierten que mi hermano y yo estamos metidos en un lío fenomenal (Y aún se escucha en la verja, no le pegue a la negra). Caminamos por la acera hacia la casa de la negra furiosa quien trata de desenredar el rastrillo metálico en una madeja de raíces de pasto. Huele a tierra húmeda y césped recién cortado. La respiración de Jorge Ernesto trepida. Es un sonido penetrante, mantenido, que me alborota la adrenalina. El berrinche de la morena continúa. Hemos quedado solos los tres y el trancón vehicular reaparece, a la

espera de la resolución de la incógnita que el mismo cielo parece haber enviado para perfeccionar un entorno oscuro y misterioso.

—(¡Joe, vení, mirá!)

Ya frente a ella, Jorge Ernesto pronunció secamente el insultante ¡Hola!, ¿qué le pasa, Blancanieves? acentuando el nombre hasta convertirlo en estigmático atropello racial. Increíble. Intempestivo, por lo menos para mí. Los ojos encandilados de Blancanieves, cual rayos laser, perforan nuestras mentes produciendo un vertiginoso estatismo y un temor reverencial que nos eriza la piel de los brazos y la nuca. El rastrillo metálico vuela brillante hacia nuestras humanidades, pero la histeria de Blancanieves y la agilidad recuperada de nuestros menudos cuerpos convierten el peligroso proyectil en un total desatino que va a dar contra el parabrisas de un Mercedes Benz último modelo, del cual baja un elegante joven, príncipe de las tinieblas, quien sin mediar palabra alguna, soportado en un armatoste de cuerpo más grande que el de la negra, y luciendo una chaqueta de cuero negro que hace juego con unas botas texanas y una melena bien cuidada, bracea un bate de béisbol que en minutos convierte los vidrios de las ventanas de la casa en un montón de cristales que, brillantes, estropean el hacendoso trajín de Blancanieves. Regresa al auto, impregna de vaho el parabrisas y pasa el puño de la chaqueta, dejando el vidrio limpio. En

el momento en que Blancanieves se incorpora del césped, la mira. Rabioso, sube al Mercedes y se larga. Ella le da prioridad al arreglo de los crespos y a la limpieza del delantal.

–(¡Joe, vení, mirá!)

Los espacios dejados por los vidrios nos permiten ver dentro de la casa un espejo mágico que cubre toda la pared de la sala-comedor, iluminado por las bombillas de los postes de la calle y las farolas de los autos. Frente al espejo se encuentra un negro músico, ciego de amor por su raza, que interpreta tonadas rebeldes impregnadas de rabia y de esperanza, que al golpear el cristal se devuelven, cual eco, convertidas en notas musicales coloridas y melancólicas. Estas notas retumban incesantes en la mente de Blancanieves y le ordenan a la negra desquitarse de cuatrocientos y tantos años de ignominia, sin que ella pueda evitarlo.

Ahí, a la vuelta, en un viejo parqueadero, fuimos a dar pronto, encontrándonos con los otros dos niños que asustados nos preguntaron por la sombra gritona. Nunca supimos el nombre del príncipe salvador, pero nos alegramos de haber escuchado cantar al Joe.

Mala suerte

Por Claudia Viviana Carrión

Después de notar que yo estaba simultáneamente feliz y lúcido, una conjunción no solo rara sino imposible, ella también quiso sentir lo mismo... se acercó a mí en silencio, y de pronto estaba perdido en los ojos verdes de aquella mujer intentando recordar dónde había visto esa mirada; pero lo único que pude recordar fue el día en que me convertí en el devorador de corazones.

Aquella tarde lluviosa de alcohol y perica cuando ella encontró el valor para decirme que me dejaba por mi mejor amigo, me empecé a sentir extraño. Al principio, pensé que era el efecto de la droga, siempre me sentía perseguido y paranoico, pero esta vez fue diferente: un gran dolor se apoderó de mí y de repente nada, ni ira, ni angustia, ni odio, ni temor; únicamente vacío, el vacío de caer y caer sin tocar fondo... Pasó algún tiempo antes de darme cuenta de que mi corazón ya no estaba allí.

Días y noches en meditación con mi cuerpo silencioso y carente de pulso me sirvieron para descubrir que todos los que me rodeaban habían arrancado una pequeña parte de mi corazón. Con su abando-

no, sus burlas, su desprecio, con hacerme desear cosas que nunca tendré; hasta con su felicidad, todos habían destrozado mi corazón hasta no dejar nada. Dejé de estar con los demás, pues en mis ojos podían percibir el vacío inquietante y no podían evitar sentirse incómodos. Abandoné el trabajo en aquella tienda de discos, dejé mi apartamento, mis libros y mi guitarra, gran amiga y confidente. Sólo tuve el impulso de guardar en el bolsillo la navaja que alguna vez había encontrado en un bar y entonces me dediqué a vagar por toda la ciudad. Ya no sentía ni hambre, ni frío, ni vergüenza, ni amor, ni pasión, ni odio, ni felicidad; era como un fantasma o una parte más del asfalto frío y duro. En cierta medida estaba cómodo con mi suerte, pero ese sentimiento de vacío en el pecho me atormentaba y quería poder llenar ese espacio de alguna manera.

Una noche, recostado en un prado del Parque Nacional, inerte e insignificante vi pasar a una mujer; caminaba algo nerviosa, no se percató de mi presencia. De repente, un impulso animal se apoderó de mí y con un ágil movimiento fui tras ella y la sujeté por la espalda. Su cuerpo suave y frágil entre mis brazos fue como la llama de la vela que se intenta atrapar, esquiva y vacilante. Sin embargo el impulso de su sangre en las venas y el latir desahogado de su corazón, me hicieron sentir el vacío en mi pecho, y con gran ansiedad saqué la navaja de mi bolsillo y la des-

licé por su garganta. El aroma a miel y flores que se desprendía de su sangre, me dominó por completo; la euforia y el éxtasis, emociones raras e inusuales en mí desde hacía mucho tiempo, me embriagaban... En ese momento comprendí lo que debía hacer para llenar el vacío.

Tomé de nuevo mi navaja y como Niccolò Paganini tocando su violín, empecé a sacar notas exquisitas de música y aroma del cuerpo de esa mujer hasta encontrar su corazón. Ese corazón, caliente, jugoso y aun latiendo, viajó por mi garganta pedazo a pedazo y se alojó en mi pecho, algo nuevamente ocupaba ese lugar.

Iluminado por este impulso decidí recuperar los pedazos de corazón destrozado por tantos seres que había amado y que me habían despreciado. Y, así, cada cierto tiempo salía a buscar corazones, cada vez me resultaba más sencillo: cortar, saborear, comer el placer, la felicidad, el gozo. Y con el corazón ya casi completo la vi a ella y a sus extraños ojos verdes. Había algo en ella que me generaba una sensación desconcertante, familiar y peligrosa; pero su sonrisa me despejaba la mente y hacía que mi corazón remendado latiera fuerte.

No tuve secretos ni reservas con ella, le conté sobre mi vacío, sobre mi tarea como devorador de corazones y cómo me sentía feliz y realizado al cortar, saborear y tragar. En ese momento los extraños ojos verdes se iluminaron –Llévame contigo, quiero

acompañarte, me dijo.

Así que fuimos al Parque Nacional y resguardados bajo la noche esperamos un corazón en la oscuridad. Llegó la oportunidad, yo alcanzaba a saborear la sangre de miel y flores cuando ella, después de notar lo feliz y lúcido que estaba, sacó su propio cuchillo lo deslizó por mi garganta y, entonces, dulce miel roja con olor de flores y música de violín se derramó por el suelo del parque...

Y finalmente reconocí esa sensación de vacío tan familiar que percibía en aquellos ojos verdes.

Al son de la pulla loca

Por Diana Hernández V.

Karla miró sutilmente su cuerpo en el enorme espejo de la habitación del hotel donde había pasado la noche. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que lo observó? 15, 20, 30 años, quizás. Claro, cómo olvidarlo. Desde aquella época de su infancia, cuando un día dijo a su madre: ¡quiero unos senos bellos y unas nalgas pomposas como las tuyas mamá! A lo que su madre respondió: hija espera que llegues a mi edad y verás cómo llorarás deseando tener un cuerpo firme y parejo como una tabla. Jajajaja, exclamó Karla entre carcajadas, no digas eso mamá, tu cuerpo es hermoso y a los hombres les gusta.

Con lágrimas en los ojos y un interminable nudo en la garganta, Karla siguió mirando su cuerpo en aquel gran espejo: claro con forma de guitarra o pera, como se dice. Las tetas caídas por el nada piadoso empuje de la gravedad, el abdomen un tanto inflado y las caderas anchas, muy anchas, como si aún albergaran aquellas vidas, como dejando prueba de sus embarazos. Sonrió porque le gustaba lo que veía en el espejo, y afirmó, cuerpo hermoso, te llevo por siempre.

Con una inmensa alegría empezó a recordar la

jornada de sexo de la noche anterior. Cuando con la luz encendida, ella y el hombre que la acompañaba, empezaron la danza de la pulla loca. Quita por aquí, toca por aquí, jala por aquí y envuelve otra vez. Sus besos, los de él, comenzaron desde su vientre. Sus dedos dibujaron toda su femineidad y dulzura. Le susurraba al odio, el buen trato equivale a mil viagras. Ella con sus piernas hermosas, sus caderas anchas, tetas caídas y el perfume natural de su espalda. Gimió de emoción con ese beso detrás de sus pantorrillas que fue el punto de sutura para que su cuerpo y el de él se unieran en un solo nivel.

Karla dio un largo suspiro y abrió los ojos volviendo a la realidad del espejo: miró su cuerpo, convencida ahora de su hermosura, dulce belleza que en la danza de la pulla loca, en medio del sexo más sublime, enviste armonía al encuentro de dos almas, que ahora no olvidan.

Una razón para sonreír

Por Álvaro Vanegas

“Yo, la verdad, estaba muerto. Recuerdo que cuando pequeño no pensaba que terminaba así.”

Aldo Nove. Superwoobinda

No parecía posible que un ser humano oliera tan mal, pero sí lo era, y ahí estaba Fabián, entrando a la sala de juntas. Llevaba la mirada vacía de los enajenados y una sonrisa perversa, siniestra. Todos lo miraron, extrañados no sólo por su expresión, sino por el hecho de que Fabián llevaba casi dos meses sin trabajar allí. El recién llegado observó por un segundo cada par de ojos, haciendo que un estremecimiento recorriera la espalda de todos los presentes. Con la misma sonrisa perversa se dirigió a la ventana, la abrió con parsimonia y se lanzó. Once pisos y unos cuantos segundos lo separaban del suelo. El impacto dejó a Fabián contorsionado de cualquier manera, despedazado. Sus partes regadas a lo largo de varios metros de la Carrera Séptima. Se escucharon unos gritos furtivos, los carros que pasaban se detuvieron en seco, alguna persona no pudo contener el vómito. La sonrisa, ahora sin dientes, se negó a desaparecer, incluso perduró cuando unas horas después, el cuerpo de Fabián, que ahora era un siniestro rompeca-

bezas, reposaba en una mesa en medicina legal y la ciudad había recuperado su ritmo normal. Una macabra broma del universo.

Una hora antes, Fabián salió de su apartamento en el centro. Los pocos vecinos que lo vieron salir, sintieron un atisbo de alivio al notar que, por fin, luego de varias semanas, Fabián se había bañado. Bajó las escaleras y caminó por la Calle 19, saludando y sonriendo a todo aquel que lo miraba. Al llegar a la Carrera Séptima, tomó un bus, pagó con un billete de veinte mil que, por mera casualidad, encontró en el pantalón. No recibió las vueltas. El conductor lo miró a los ojos, incrédulo, dispuesto a insistir en darle a Fabián su dinero, pero lo que vio fueron dos hoyos negros que lo asustaron hasta los huesos; estuvo a punto de perder el control del vehículo. Prefirió, y esto sería algo que siempre se recriminaría, romper el billete en cuatro pedazos y lanzarlos por la ventana. Había varias sillas vacías, pero Fabián permaneció de pie en la parte posterior del bus, justo al lado de una señora de unos cincuenta años y, sin poder evitarlo, se cagó, justo ahí. Ya estaba acostumbrado a esas cosas, se le salían de las manos, eran inevitables. La señora no lo miró, pero cuando se apercebó de su presencia, se levantó del asiento y se bajó del bus. Ni siquiera había notado la mierda que salía de los pantalones de Fabián. Tardó varios segundos en caer en la cuenta de que se había bajado varias cuadras antes

de su destino, y, aún así, la extraña certeza de que algo malo se cernía sobre ella, la mantuvo paralizada en la esquina por varios minutos, hasta que, a cuenta gotas, se fue diluyendo la certeza. Un par de horas después había olvidado el incidente.

La gente percibió el rancio olor que desprendía ahora Fabián, pero nadie dijo nada, no se atrevieron, todos procuraron mantenerse en silencio y mirar hacia otro lado.

Fabián se bajó del bus justo en frente del edificio de once pisos. El celador lo vio, pero algo le impidió preguntarle a dónde iba. Fabián subió al ascensor, causando la manifiesta incomodidad de todos los demás pasajeros. Se bajó en el último piso y se detuvo frente al elevador por unos instantes, parecía estar decidiendo algo. La sala de juntas estaba flanqueada por paredes de cristal, por lo que todos lo vieron aproximarse. Como si fuera un acuerdo implícito, todos miraron al recién llegado. Éste los observó a su vez, con la mano en la puerta, listo para entrar, sin decir nada. Fue una mujer la que se atrevió a hablar.

—Fabián, ¿qué haces aquí? —dijo, sin ser muy consciente del temblor en su voz.

Fabián entró.

Tres horas antes de lanzarse por la ventana, Fabián observaba, asqueado, los cadáveres. En el apartamento reinaba un acre olor a muerte. La sangre en los cuerpos estaba coagulada, y algunas moscas empezaban a rondarlos. Sintió arcadas, pero en su

estómago no había nada. Recordó de improviso todo lo sucedido antes de dormirse. La confusión dio paso a una profunda ira. Odiaba a Aquiles, de manera visceral, sin atenuantes. Ese hijo de la gran puta era el responsable de todo ese caos, de toda esa muerte y putrefacción. Tenía que acabar con la obra de teatro, era necesario, urgente. Un inesperado sosiego lo invadió cuando tomó esa decisión. Se dirigió al baño. Pasó por encima del cadáver de su hermana menor. Prefirió no mirarla muy de cerca. Tenía muy claro lo que iba a encontrarse. Se duchó, quitándose las costuras de mugre y sangre. Se vistió lo mejor que pudo. Antes de salir de su casa se miró al espejo.

—Hola —dijo Aquiles, con una expresión burlona que atizó más el fuego del interior de Fabián.

—Hola —respondió éste, bajando la mirada, intentando controlar la sonrisa involuntaria que se dibujaba en su rostro.

Unos días antes de suicidarse, Fabián se encontraba sentado en un cómodo sillón en la sala de su casa. El frío que hacía dentro de la vivienda helaba los huesos. Su hermana menor, Viviana, lo miraba, con lágrimas en los ojos, producto de la preocupación y del miedo. Su ex esposa, Laura, la que, exhausta por la ausencia mental de Fabián, lo había dejado tres meses antes, a la que aún amaba con todo su ser, sostenía un trémulo crucifijo entre sus manos. El padre Harper, con su sotana negra y una biblia, lo miraba a

los ojos, recitando una oración en latín.

Fabián sentía a Aquiles en toda su dimensión. Se revolvió dentro de él, iracundo y ofendido. Su propia boca pronunciaba unas palabras en algún lenguaje olvidado, unas palabras que resonaban dentro de su cabeza y rebotaban en las paredes de su cráneo. Entendía a medias lo que significaban y agradecía vagamente no entenderlas del todo. Eran, a todas luces, aterradoras. Por fin, el padre Harper, que no estaba preparado para lo que estaba pasando, pues estaba convencido de que todas las posesiones eran, en realidad, enfermedades mentales, poderosas sugerencias, se animó a lanzar el primer golpe directo a Aquiles.

—Dinos tu nombre, por el poder de Dios Todopoderoso, él te lo ordena.

—Aquiles, ya se los dije —respondió Aquiles a través de Fabián.

El padre Harper insistió, necesitaba que dijera su nombre verdadero, era lo primero que explicaba el manual de demonología y exorcismo que había estado estudiando durante años. No tenía mucha experiencia, pero tenía claro que eso sería el primer síntoma de debilidad.

—¡Dinos tu nombre, Dios Todopoderoso te lo ordena!

—¿Dios? —preguntó Aquiles con la voz de un niño de doce años—. ¿Cuál Dios?, ¿el mismo que te vio, padrecito, cuando robaste la mitad de las limosnas del mes pasado para comprar el televisor de plasma que tienes en tu habitación?, ¿ese Dios?

El cura no pudo evitar dar un respingo, pero continuó, sabía que no podía parar.

–Tu nombre, ahora mismo. Él te lo ordena.

–¿Hablas del que te estaba viendo cuando ayer –volvió al ataque Aquiles–, a la luz del sirio pascual, te masturbabas con la foto de la señora Pérez? –Aquiles sonrió con la boca de Fabián, regodeándose en su propia maldad.

–Tu nombre –repitió el sacerdote, simulando una tranquilidad que no sentía, intentando descifrar cómo era posible que Fabián supiera esas cosas–. ¡Tu nombre!

–¡Araxiel! –gritó Fabián, con una voz gutural– Me llamo Araxiel, manada de cerdos, y atodosustedes-lesaconsejoquerrecentodaslasoracionesquesepanpor-quemiseñorlosestáesperando-y-se-le-ha-ce-a-gua-la-bo-ca –de los labios de Fabián escurrió un espeso hilo de baba y sangre, el iris de sus ojos desapareció.

Ni el mismo Fabián estaba preparado para lo que siguió. El crucifijo de Laura terminó atravesando su pecho y destrozando al instante su corazón. Viviana voló por la sala, dos, tres veces. El último golpe contra la pared hizo que su cabeza estallara desde adentro, provocando un sonido que a Fabián le recordó un huevo crudo cayendo al suelo. El padre Harper pudo ver todo el espectáculo, paralizado por un miedo que no creía posible y seguro de que no saldría indemne de aquella masacre. Aquiles, furioso por haber sido obligado a revelar su nombre, lo levantó con los brazos de Fabián y, ayudándose de una co-

lumna, partió al sacerdote por la mitad. Como un niño partiendo una galleta.

–Cuando quieras lo intentamos de nuevo –espetó Aquiles.

Fabián no respondió. Caminó de vuelta a la silla, se sentó, observó por última vez en su vida el cielo nocturno bogotano y, tranquilo como no lo había estado en mucho tiempo, cerró los ojos. Durmió durante más de sesenta horas.

Tres años antes de tomar la decisión de morir, Fabián se encontraba en la cúspide de su vida. Un trabajo en una multinacional con un sueldo de ensueño, una novia a la que amaba, con tanta intensidad que rayaba en lo cursi, y un futuro prometedor. Esa mañana se levantó con la sensación de que sería un gran día. Le propondría matrimonio a Laura. Estaba seguro de su respuesta. Se estaba afeitando cuando sintió algo raro en el cuello, una punzada, sólo eso. Luego, una especie de opresión en el pecho. Para cuando se estaba vistiendo, estas sensaciones habían desaparecido. Salió de su casa, convencido de que sería un gran día. La vida es buena, pensó, con una estúpida sonrisa en los labios.

Conversación corta sobre la taxonomía de un reloj

Por Bambi

La última vez que me encontré con un árbol parlante, me sorprendí mucho; primero, porque me tomó por sorpresa y, segundo, porque pensaba que las veces anteriores, que me había ocurrido, se había tratado de una alucinación debido a mi psicosis ya diagnosticada.

Él hablaba en el antiguo idioma de los árboles, siempre parecido a las campanitas de los carros de helado que recorren la ciudad vendiendo paletas con sabores indescifrables.

Tuvimos una conversación corta, si al cruce de dos argumentos se le puede llamar conversación. Él explicaba, hasta el cansancio, porqué los relojes, taxonómicamente, no pueden pertenecer a la familia de los platelmintos a pesar de dar la hora. Estaba seguro de que tenían que hacer parte de la familia de los orangutanes, ya que a la hora de pronunciar la h no lo hacen. Es para nada necesaria. Explicaba que se refería más a la forma que a la actividad.

Yo le contesté, con gran amabilidad, que no estaba de acuerdo. Razonablemente, si de taxonomía estábamos hablando, era claro que el reloj pertenecería a

la familia de las máquinas simples por su forma, y a la de la ciencia ficción por su actividad. Todo eso sin conocer muy bien el significado de la palabra taxonomía.

El árbol parecía enfurecido luego de mi respuesta. No dijo nada más, no sé si por haberle llevado la contraria o por mi terrible y amalgamada pronunciación: “Tilín tilín tolón”.

Cenizas de sueños

Por María Luisa Pieschacón

Frente al aristocrático cenizario de la calle cien, a espaldas de la clínica Barraquer, Abigail rinde culto post mortem al alma de su hijo Ataulfo. Mira con alegría la ostentosa lápida, no sabe leer y, además, poco o nada le importa lo que anuncien las letras doradas que allí se han colocado. Con la criatura en sus brazos y la certidumbre de que los sueños brotan también de las cenizas, vuelve a recordar la infamia cometida y el reparo.

La cloaca nauseabunda que le servía de refugio a Esperanza era más cálida. Había alguien allí que la acompañaba y, cada noche, al apagarse las farolas del patio del antiguo caserón donde vivía, la rodeaba con sus brazos y la poseía, como siempre alguien la poseyó desde la infancia. Esperanza no sabía diferenciar entre hacer el amor, entregarse por dinero o ser reducida a la fuerza por alguna sombra nocturna. Llevaba años deambulando por las calles de esa Bogotá miserable y despiadada que la hizo su habitante. Vivía en ese refugio abandonado del enorme solar que forma parte de esa casona derruida y fría, que hace siglos pudo haber alojado a un marqués de la realeza española. Hoy ese caserón está convertido

en un hervidero de gentes menesterosas, asaltantes y mujerzuelas que se vanaglorian de habitar la casa, de la que se sabe bien, sirvió hace años de escenario de la exitosa película “La estrategia del caracol”. Esperanza trabajaba diariamente recogiendo desechos reciclables, trabajo del que obtenía los dos mil pesos que costaba el hueco del solar y los guisados malolientes que compartía con su compañero.

Un día como tantos otros, se acercó a la puerta lateral del Palacio Cardenalicio y, con ayuda de un sirviente del Monseñor Henao, sacaron varias cajas de cartón, objetos de madera, papel y retales de mármol. Al parecer habían hecho una remodelación al interior de la capilla y fregado algún desván. Estaba ansiosa. Se dirigió al acopio de basuras reciclables de la Calle Trece, deteniéndose en el zaguán de un oscuro local de venta de sombreros. Allí, escarbó las cajas con afán, buscando un cofre de madera que había notado y por el que sintió curiosidad. Tan pronto lo abrió, halló unas cenizas de algún ser humano al que no le habían dado sepultura. Todo aquel día Esperanza estuvo inquieta. Sentía que algo bueno y distinto podría brotar de ese hallazgo que rápidamente se convirtió para ella, y sin saber nada acerca de la leyenda mitológica, en su caja de Pandora. Una esperanza allí contenida había recogido hoy en su camino.

Laureano es un hombre tan sucio y maloliente como ella, que cuida carros en las inmediaciones del Chorro de Quevedo, fuma bazuco cuando gana

“bien” o huele bóxer o gasolina cuando sus bolsillos cargan pocas monedas. Él se ha convertido en el vaso de agua fresca en el desértico caminar en el sol y la arena de esa niña andrajosa, que casi nueve años atrás se vio perdida en la calle. En la Calle Veintiséis una multitud en avance frenético vituperando a un ciclista, recién campeón de una importante etapa del tour de Francia, separó para siempre sus pequeñas manos de las de una anciana que Esperanza no supo quién era, quizás su abuela o una vecina de la calle angosta, en que recuerda haber vivido. Desde entonces, su camino ha sido de piedras y de lodo; vestida de jirones y trapos; por cama ha tenido el suelo, por compañía, el lumpen de la calle y por mascotas, los animales rastreros. Su infancia y adolescencia fueron una sola. Su pudor fue avasallado por toda suerte de hombres, y a sus casi quince años hoy carga desde hace siete meses un pequeño en su vientre, concebido y gestado en la calle, tal como los perros.

Bajo la exigua luz de la vela que iluminaba su covacha, aquella noche, mientras abrazaba al cuidador de carros, la pequeña recicladora, esperó ver dormido a su compañero, para ir en busca de la anciana Abigail, a la que la niña sentía como la anciana que separaron de su camino. Era medio ciega a causa de las cataratas y pagaba su dormida con el arreglo de las ropas del casero, quien le asignó un espacio fijo en una habitación de cuatro camas. Allí la cama de Abigail estaba resguardada por un enorme armario, en el que ella dis-

ponía de un espacio con llave para guardar sus cosas. Era el lugar más seguro de la casa. Por eso Esperanza, aquella noche, tocó en su ventana.

—¿Quién es por Dios?, ¡son las dos de la mañana! —dijo la anciana, con una voz que daba cuenta de que se acaba de despertar.

—Doña Abigail, soy yo, Esperanza. Debo pedirle algo —contestó la niña.

Salió y se convirtió en la confidente de la niña y en la guardiana de la caja de Pandora, que fue puesta, al instante, bajo llave junto con los secretos de aquella viejecita silenciosa.

La rutina volvió a comenzar y la pequeña recicladora, con su carro esferado, salió a su recorrido habitual, dirigiéndose, otra vez y sin reparos, a la puerta lateral del Palacio Cardenalicio. Quería indagar algo, aunque no sabía muy bien qué, ni menos qué pudiera ella hacer con esa información. Desde ayer se había encendido una ilusión de obtener algo a cambio de las cenizas que durmieron con Abigail. Golpeó en la puerta de la sacristía y anunció que venía por basura. El sacristán se emocionó al verla y le preguntó:

—¿Fue usted quien llevó ayer los desechos de la sacristía?

—Sí —respondió la chiquilla con notoria euforia—, ¿qué pasó?

—¿Qué cosas le entregó el sirviente?

—Llevé cajas de cartón, bolsas de papel, recortes de mármol, algunas botellas y metal —con precisión

contestó la chiquilla.

–Buscamos una caja de madera muy importante sólo para Monseñor y ha prometido una jugosa recompensa a quien la encuentre. Por favor, si usted la tiene, entréguela, mire que la madre del Monseñor está ahí dentro –rogó el sacristán.

–Voy a buscar en el acopio donde vendí ayer –dijo Esperanza, nada sorprendida por el contenido de la caja.

–Le agradezco si lo hace pronto, yo también sabré gratificarla, pues mi empleo está en un hilo –manifestó el sacristán.

–Y ¿como de cuánto estamos hablando? –preguntó la recicladora, con su acento callejero.

–Mucho, lo sé –respondió el sacristán.

Salió corriendo Esperanza, directamente a donde Abigail a recoger el cofrecillo. Al entrar a la casa “Uribe”, como se le llamó en la película, vio mucha gente y algunos policías que requisaban toda la casa y tenían a más de uno de los habituales huéspedes ya esposados. Buscaban cualquier cosa que fuera considerada ilegal, satánica o robada.

Con angustia Abigail sostenía a las autoridades que el contenido de la caja eran sólo los restos de su hijo Ataulfo a quien no pudo dar sepultura hace años por falta de recursos, y apenas hace poco logró ponerlo en esa bonita caja de madera.

Esperanza en voz baja alcanzó a contar, a toda marcha a su amiga mayor, de la recompensa que ofrecían, para que ésta se esmerara en su intento por

evitar ser desposeída del valioso baúl.

La policía insensible como siempre, no se conmovió con la historia. Uno de ellos, el más rudo, abrió la caja y la vació en la alberca comunal, ante los ojos aturcidos de Esperanza quien vio disolverse su único sueño, en las turbias aguas del estanque de aquel inquilinato sórdido.

Una vez se hubo marchado la patrulla, la niña que de esperanza sólo conservaría su nombre, se perdió en su agujero y enroscada como debió haber estado alguna vez en un vientre cualquiera, dejó brotar las lágrimas que solía contener.

Mientras tanto Abigail, presurosa recogió del suelo la fina caja y subió a su habitación con un propósito ya concebido minutos antes: depositaría en ella los restos de su único hijo, Ataulfo, que hace cuatro años su nuera le hizo llegar.

Luego de una mala noche, Abigail puso en marcha el plan con el que pretendía robar expectativas ajenas, aunque le repugnara el acto ideado y lo estimara poco digno de quien, como ella, había vivido siempre con hambre pero con la satisfacción de saberse honrada.

—No hay diferencia alguna entre las cenizas que regaron en la alberca, con éstas que yo puse en la cajita —se dijo a sí misma.

Tenía muy claro que un ser humano sin cuerpo y sin ropaje, queda sin distinción, perfume y abolen-go. Y con esa seguridad, poca vista y a paso lento, se

fue al Palacio Cardenalicio, frente al marco imponente de la Plaza de Bolívar.

Al llegar tocó muy bajito a la puerta de la sacristía, de la que salió un hombre de tez oscura, apocado y serio.

—Los mercados se reparten por la puerta de atrás y son los viernes, señora —le hizo saber el sacristán.

—Escúcheme señor, no vengo por mercado, nada más supe que buscan unas cenizas, y quiero mi recompensa —dijo Abigail directa y clara.

—Pase usted; haré que la atienda Monseñor. Está muy angustiado por su madre y se hace cruces de imaginar dónde pueda estar —concretó el sacristán emocionado de recuperar lo que de alguna manera él había permitido su extravío.

Abigail, luciendo su ceguera, su edad y su pobreza, logró conmover a Monseñor, a quien entregó el insustituible trozo de su ser querido.

Monseñor, que llevaba cuatro días de duelo por la pérdida de su mamá y dos de angustia por la pérdida de lo que quedaba de ella, llenó de abrazos y gratitud a la anciana menesterosa a quien prometió dotar de todo lo que ella consideró suficiente premio: un trabajo vitalicio en el monasterio, techo, comida y la operación de sus ojos.

Tres meses después, Abigail volvió a la casona para aliviar su conciencia. Buscó a Esperanza y la halló en su fétido chiquero, amamantando con sus pequeños senos a su crío de dos meses, en un entorno de miseria, suciedad y alucinación. La pérdida de la caja de Pan-

dora, la huida de Abigail del caserón y el nacimiento de Steven fueron lo suficiente para que Esperanza se entregara a los vicios de Laureano. Ello aumentó su desventura y el pronóstico de una vida de desdicha para aquel niño desnutrido desde el vientre.

Abigail aprovechó el estado alucinante de la recicladora y le arrebató al bebé de sus brazos, sin que la madre lo notara y, menos aún, objetara el despojo.

La anciana decidió hacerlo suyo de ahí en adelante, jurándose así misma que, para pagar su deslealtad, se ocuparía de que Monseñor, creyéndolo nieto de la salvadora de las cenizas, le asegurara a Steven la vida digna que le habría sido inalcanzable hasta ese momento.

Elemental

Por Carol Ximena Garzón

Dormí tan profundo que dejé de existir. Fui inmenso, diluyéndome poco a poco. Y ya no fui uno sólo, fuimos pedazos.

Fuimos alimento, carne, hojas, sangre, madera. Sólo restos de un alguien que en un momento de sueño profundo, así de la nada, una vez más dejó de existir.

Vacío

Por Mábel Moreno

El hombre se aferró a la ventana. Se encontraba en la parte exterior. Contemplaba, del vacío, unas manos que parecían garras, que lo tomaban por los hombros. Eran las manos del ser sin cara. Ese, conocido por todos, le hablaba al oído, pero el hombre no se percataba de su presencia.

—Salta, ya no puedes más.

—...

—Te ha quedado grande.

—...

—No puedes, no pudiste.

—...

—Inútil, salta.

—...

Mientras tanto, al otro lado de la acera, en el edificio del frente, una niña, una niña descalza, corría hasta la ventana. Se acercó al vidrio para ver al hombre.

Él levantó la mirada y sus ojos se encontraron, eran iguales. Ojos idénticos.

El hombre, a pesar de estar lejos, notó la similitud de las miradas. Sintió suya aquella niña.

Ella, la que podría ser su hija.

Esa, que tal vez nunca traería al mundo, estaba ahí, mirándolo desde la ventana.

–Salta –insistía el sin cara–, salta ya.

El hombre miró a la niña y sonrió.

Había decidido saltar al otro vacío, ese que no es la muerte.

La tristeza y el entusiasmo bailan un vals

Por Carol J. Ángel

A veces, en los días de domingo como hoy, no sé cómo sentirme ni cómo pensarme desde que llegué aquí, a esta tu ciudad que no es la mía. Lo siento si te hice sentir un poco abrumado e incómodo con la insistencia de tu compañía. Y te pido perdón por salir a la ventana a gritar tu nombre, es que finalmente encontré la agenda que tanto buscabas, la que te demoró 10 minutos más en casa y que te puso de mal humor al saberla pérdida, ya que tenías que estar afuera para comenzar tu día muy lejos de mi lado, muy lejos de casa. Grité tu nombre por la ventana, vi que estabas tirando la basura antes de subirte al auto. No me escuchaste. Yo estaba muy lejos o tal vez tú ya hace años que estabas lejano y no me había dado cuenta. Fue el momento clásico de una tragicomedia. Grité desesperada por la ventana, gritaba y gritaba tu nombre. Por un instante olvidé el invento de los celulares. Vi cómo te subías al automóvil, cómo encendías el motor, cómo le salía humo negro desde el exosto y cómo mirabas a nuestra ventana desde tu espejo retrovisor, como si jamás quisieras volver de nuevo, como si tu peor pesadilla hubiera bajado de

ese avión apenas hace un par de meses. Apretaste el acelerador tan rápido que no alcancé a tapar mi nariz y me trague una bocanada de veneno, del gran vapor de humo negro lanzado por el carro. Me separé de la ventana y miré hacia nuestra casa, hacia nuestra mesa de comedor y, con mi cara larga de domingo de siete y treinta de la mañana, decidí inventarme mi propia historia.

Ahora, aquí en frente de la pantalla del computador, te escribo contándote lo que no puedo decirte cuando estamos cerca. La Tristeza que llevo en mi alma, no se ha ido del todo, a veces sale a pasear por ahí, y ni siquiera me dice a dónde se va. Se va largo rato y regresa y cuando regresa, espero que venga con flores y dulces y uno que otro pecadito, pero no. Ella viene a curiosear si aún hay lugar para que regrese El Entusiasmo a mi vida, ese a quien mi Tristeza tanto ama y admira.

Cuando ella llega, se encuentra con que está vacío el lugar del Entusiasmo, se da cuenta porque la puerta está abierta, no hay nadie adentro, se ha ido. Ella sospecha dónde está. Sabe que él se quedó deslumbrado cuando conoció unas tierras muy lejanas. Un día hace muchos meses, Entusiasmo comenzó a soñar y a planear y a hablar de ese lugar sin parar, tal como cuando su amigo Nadir se fue de viaje. Él lo hizo a un lugar llamado Portugal hace cinco años

(eran horas y horas hablando y hablando), en lugar de un mes se quedó ocho meses. Su esposa lo odió por eso y el año pasado se divorciaron. Es que después de regresar de Portugal, Nadir no pudo más con la vida que llevaba, de empleado público, sábado de supermercado y domingos de periódico, así que decidió crear una academia de arte en el centro de nuestra ciudad natal, de la que parece tú ya te olvidaste. Allí conoció a una de sus estudiantes y fue tanta su necesidad de vida nueva que se enamoraron. Así es la vida, ¿no? Pobrecita la esposa, ella aún está enamorada de él, tienen tres hijas, pero a él no le importó. Él prefirió el amor, la vida de aventura y energía, a la vida de guión y de obligación. Pienso que, como todos los artistas, Nadir no es más que un hambriento de hambre, bebedor de vida que se cansó de la vida en Modo-Susanita-de-Quino. Algo así es Entusiasmo, mastica la vida y luego de un rato camina en el aire jactándose de su buena suerte y su buena fortuna. Me parece que Entusiasmo es un chico oportunista, decidido y muy talentoso, y que mi amiga La Tristeza lo necesita en un día como hoy, cuando una bocanada de veneno me recuerda el gran error de haberme subido a ese avión. ¡Ah!, te estaba hablando de mi Tristeza, y entonces ella está de visita cada domingo, es su rutina. Viene, me pregunta si ya regresó su amigo, Entusiasmo, y yo sólo le digo que entre y lo busque porque no sé si ya llegó o, al

menos, si ha pasado por aquí.

Hoy, después de que te fuiste, vino ella y se quedó en la puerta de entrada por largo rato. Pienso que esperando a que algo pasara o a que él estuviera ahí vestido de fiesta, listo para invitarla a pasear. Es que ella recuerda sus paseos con él. Hace tres semanas lo esperó toda la tarde, entonces como yo no tenía nada más que hacer y quería saber del chisme, le dije que me contara qué era lo que hacían, por qué lo amaba tanto o, al menos, por qué creía que lo necesitaba tanto; y ahí te va lo que me dijo:

Cuando mi amiga Tristeza se encuentra con su amigo Entusiasmo, él la invita a contar las nubes y a inventarse formas que ella luego guarda en una cajita de cartón llamada “Días Caramelos” y la usa sólo en caso de emergencia. Me contó que cuando se encuentra con alguien abatido, descorazonado o deprimido ella saca una nube, por ejemplo una más algo donada que otra de color Brown o Yellow –depende del abatimiento del abatido– y se la regala para que él se la coma. Sólo hay que esperar algunos segundos y del estómago comienzan a crecerle flores con huevos de mariposa. Al principio el abatido siente náuseas y no puede vomitar, le da fiebre, siente que se va a morir; pero catorce minutos después, abre su boca y su nariz lo más amplio que puede para tomar aire, pues siente que se ahoga, y cuando exhala, después de esa profunda respiración, le salen mariposas

de colores por la boca. ¿Te imaginas lo que ella hace? Me asustó un poco, no sé qué sensación será; aunque te digo, tengo un poco de curiosidad.

Luego de contar nubes, Entusiasmo hipnotiza mi Tristeza y la convierte en la mujer más bella del mundo, adorna su cuello con un collar de estrellas rojas, las más antiguas del universo, pues las amarillas son las hijas de las rojas y no sé si sabes que también hay enanas blancas. Las estrellas amarillas y las enanas blancas, que son las bebés, se las coloca en forma de corona sobre su cabello negro. Negro azabache diría yo, es el negro más hermoso que mis ojos han visto alguna vez. Luego cierran los ojos y, un par de parpadeos después, está ella desfilando por las pasarelas de París y Milán, recibiendo aplausos e invitaciones a fiestas. Ella se ríe un poco y, muy coqueta, mira de reajo a su Entusiasmo esbozando una pequeña mueca de complicidad. De París viajan en tren hasta llegar a Venecia para el baile de máscaras, imperdible y muy famoso en la región. Luego de una noche de chispeantes estrellas, le invita de la mano a tomar Martinis bien fríos en Isla de Capri, en fin, una suerte de vida que ya comienzo a entender porque lo extraña tanto. Mientras me contaba en detalle de sus paseos, sacaba de un baúl, que tenía escondido no sé donde, varios cuadernillos con fotos, recortes, folletos, papelitos de caramelos y boletos de los tiquetes de cada lugar. Además, me ha mostrado

cada vestido que ha usado; no puedes imaginarlos, son de lo más estrafalario que haya podido ver antes, pero luce hermosa, parece una Diosa; de hecho, si ella no me dice que es ella y viera esto en alguna revista Marie-Claire, diría que es una de las modelos de Keinzo. Luego del paseo, la baña de besos y abrazos. Un día Entusiasmo la maquilló con algas nativas del Amazonas. Ella no podía describir la sensación de las algas en su rostro, no paraba de reír casi que ni podía entenderle, tuve que ofrecerle agua hasta que un poco más calmada me dijo qué pasaba:

—Estábamos en una fiesta en SOHO —dijo sin parar de reír—. Y conocí la música más radiante que haya podido bailar en una pista de gelatina —mirando hacia el techo—. Fue un día, casi que perfecto —(es que a ella no le gustan los días perfectos, ella dice que un día perfecto es el último día de tu vida)—. A la madrugada nos pusimos a armar un rompecabezas en una playa azul —y su cara cambió a color azul. Un poco mareados, me resbalé y una de las fichitas cayó al agua hasta confundirse con la espuma del mar — (mientras decía esto yo no podía dejar de sentir unas punzadas en mi barriguita. Llegué a preguntarme si me había comido una de sus nubes sin querer. En esas, aquí casi que no se le entendía, soltaba tantas risas y carcajadas que pensé se ahogaría antes de terminar su cuento)— y quedé atrapada en una conchita de caracol plateada —y cada vez reía más alto— que es-

taba vacía desde hacía unos meses y, como era una ficha de goma que en su frente tenía pintado un ojo de cangrejo, ja, ja, ja, la conchita de caracol que era pareja de esta conchita, ya sin caracol, ja, ja, ja, de seguro pensó que era su novio de la juventud que accidentalmente había perdido un ojo en una de sus tantas apuestas en el black-jack, ja, ja, ja, emprendió un jaleo con la conchita de ficha, de la cosa más ritualista, que no podíamos dejar de mirar —y se quedó en silencio mirando hacia un rincón de la habitación.

Luego de un rato, que la vi como congelada, estática, decidí darle un sacudón para que terminara de contarme la historia y me dijo que cuando mi Tristeza y su amigo Entusiasmo se dieron cuenta, dieron unos pasitos hacia atrás abandonando la orilla y sin dejar de mirar esa escena pintoresca que aparecía ante sus ojos. Pensaron al unísono: ¡qué relación tan extraña! Fue maravilloso.

Esas son algunas de las pocas cosas que me ha contado mi Tristeza de lo que hace cuando está con su Entusiasmo. Hoy al final de la tarde cuando le pregunté por más, se sonrojó y decidió marcharse para regresar otro día. Siempre viene los domingos, le gustan esos días porque dice que el universo respira otra fragancia (puede que sí, puede que no) y que la luna, no importa en qué estación se encuentre, siempre se le aparece redonda, brillante y alcanzable.

Hoy está aquí, como todos los domingos y me dijo

que te contara esto, no sé con qué motivo pero sí me dijo por que razón y es que se siente triste. Cuando llegó, le dije que entrara y que fuera a mirar si Entusiasmo estaba dormido en su habitación, ella abrió la puerta de su habitación y se encontró con que él no había regresado aún. Entró con pasitos silenciosos, como para no hacer tanto ruido, y se puso a caminar de un lado para el otro murmurando una canción. Se subió a su cama y se tiro encima de sus almohadas y movía su cuerpo como si tuviera un ataque de epilepsia (me pareció que estaba recordando o haciendo algún “Ritual del Regreso”, es que es como loca, un poco). Luego de diez minutos de verla hacer eso, se detuvo en seco, abrió sus ojos, se dio media vuelta hacia el lado derecho de la cama que está muy cerquita de la pared, estiró su brazo y lo único que encontró fue una postal un poco sucia y empolvada citada desde hace unas fechas caducas, que decía “Mi amada y querida Tristeza, te estoy esperando ansiosamente. Sé que sabes dónde encontrarme. Vístete con nuestro traje de Keinzo. Cómprate un tiquete y regrésate pronto. El festival comienza el próximo sábado. Daremos el primer baile, nuestro Vals, el de siempre... Come Fly with Me de Frank Sinatra. Estaba seguro de que conmigo volverías. Att: Tu Entusiasmo”. Me parece que todavía puede estar esperándola y ella de seguro sabe en dónde es. ¿Qué crees tú que pueda decirle a mi tristeza para cuando tú vuelvas de tu día de trabajo?

La niña de papel

Por Diana Castillo

Anoche me convertí en un sapo, era grande y baboso, saltaba muy alto, pero era fofo y pesado. Vi que se aproximó una nube y me alegré porque con las nubes siempre llega el agua, pero la verdad no fue nada agradable. Las gotas escurrían por mi piel en lugar de penetrarla, no me volvía frágil, al contrario, la piel se entumecía por el frío y esa sensación babosa se hacía cada vez más babosa. No sabía en dónde meterme para escapar de esa nube que a pesar de ser tan hermosa no era tan amable como yo pensaba. Decidí entonces esperar hasta que escampara, igual sabía que cuando saliera el sol, yo me iba a acostar en el pasto con la barriga hacia arriba para secarme. Éste siempre ha sido uno de mis momentos favoritos, creo que lo único mejor que eso es pararme después y escuchar cómo crujó. Pero esta vez, como era un sapo, me puse pegachenta y me dio mucha sed; y cuando me paré, en lugar de un crujido escuché un croac. Un croac durísimo que me hizo aterrizar. Entonces me levanté y le dije a mi mamá lo que había soñado, y le mostré cómo en las letras de mi vestido se podía leer todo lo que había sucedido. Ella me miró muy raro y me dijo: “Alístate que hoy vamos a celebrar tu

cumpleaños”. Pero para mí, hoy no es el mejor día del año, porque ya llevo un año con mis ojos, mis orejas, mi nariz y mi boca y me ha costado mucho acostumbrarme a ellos, sin embargo, cada año, el día de mi cumpleaños vuelven y me los cambian.

El año pasado recuerdo que mis ojos tenían un brillito con forma de media luna, y de resto eran negros, profundos. Y cuando cumplí años, resultó que tenían un toquecito de azul y no me gustó. Puede ser que hoy me pongan de nuevo unos negros con una media luna muy blanca que los haga brillar. A mi amigo Carlos, le han ido encrespando el pelo, cuando lo conocí lo tenía liso y ahora parece que tuviera una esponja en la cabeza.

Con Carlos nos gusta ir a caminar por la colina que está detrás de la casa, porque bien arriba hay un árbol que tiene unas barbas muy largas que le cuelgan y las raíces son gruesas y fuertes. Se nota que le gusta estar mucho en ese lugar porque es de esos árboles que nunca se mueven. Sólo mueve sus barbas con el viento. Al árbol a diferencia mía, no le gusta que llueva, porque la barba se le pone muy pesada con el agua y varias veces se le ha caído de a pedacitos.

Nos quedamos un rato hablando con el árbol, él nos cuenta historias de cuando el mundo era joven y me encanta cuando me habla y dice mi nombre: “Claudia”, con esa voz ronca y estruendosa. Después

esperamos a que las corrientes de aire nos levanten y, así, volamos hasta llegar abajo nuevamente.

Recuerdo el primer día en que mi papá me trajo a este mismo lugar para enseñarme a volar. Me encantó el aire caliente en mi pecho, pero no me gustó tanto la arruga que quedó en mí frente a causa de la caída. Lo peor es que tuve que esperar hasta mi cumpleaños para que me cambiaran la frente y me dieran una nueva, sin arrugas.

Dejé que un cuervo doblara mi ropa

Por McCarthy Newball

Todos saben a quién han venido a recoger y todos saben cuándo han llegado por mí. A todos les toca gritar para despedirse, así sepan que yo nunca les escucho porque las hélices producen el sonido más aturdidor que existe. Bohórquez me entiende, y todos esos vegetales del ejército por entre los que mi papá tiene que caminar para que no lo maten y para que no le roben dizque el maletín. A duras penas cargará sus medicinas o alguna orden para las mías. Sus ojos azules son lo más parecido a una piedra preciosa, y de su reloj sólo tiene valor su marca, pero no el valor bruto que alguien puede imaginarse. O si el valor fuera un fenómeno cursi, entonces su tiempo valdría oro, pero ¿qué ladrón loco, qué paisa, se las ingenia para revenderlo?

Montar en helicóptero no es como pueden imaginárselo algunos, en realidad es como qué... como tener un asiento dentro de un rinoceronte. Habrá, si mucho, dos asientos cómodos, el resto de pasajeros debe compartir espacio con su esqueleto, con sus nervaturas y sus músculos, todos sus órganos y hasta con su comida, y hay que taparse los oídos con ore-

jetas para escucharse pensar y no escuchar las hélices ni los diálogos de comando. Por esto debe pasar una persona exageradamente rica. Pero es una putería ver desde el aire, no tan alto, todo lo que sucede abajo; y a eso me limito porque estos, “Mis generales” y “Mis mayores”, son mulas con las que no me gusta hablar. Chorrean la baba por la plata y por las deudas de favores. ‘Profesor’, me dicen cuando se refieren a mí en mi presencia, y ‘Paralítico’ cuando no ando cerca. Bestias, prefiero cuando se equivocan de versión y me dicen Paralítico de frente, y preferiría que luego al agresor no lo castiguen con coscorriones por haber dicho la verdad. Si ellos no se avergüenzan de ser militares, mucho menos me voy a avergonzar de lo que me mantuvo fuera de esa profesión.

Mi papá acaba de decirme que recibió un mensaje de Rafael, el Jefe de Vigilancia, preguntaba si podía dejar salir a Pastora que llevaba tres maletas grandes. “Su mamá parece que ya había dicho que la dejaran, yo dije que sí... ¿Usted sabe algo, mijo?” ¡Por supuesto que no sabía nada!, estas son horas de que esté en la casa, trabajando. Tengo hambre. De pronto dejó el almuerzo hecho y las ollas todavía deben estar calientes y empañadas. O puede que no. De pronto sea que desde hoy alguien vaya a reemplazar a Pastora, una más joven, al menos bonita, que se tape los cayos de las manos al darme la sopa, o que no tenga ninguno; que las palmas de la mano no

se le llenen de ronchas por alergia al jabón de platos que yo después tengo que aguantar en un “Mil Veces Jesús” de quejas. Y que le huela bien la boca, para que no tenga yo que aguantar el aire mientras ella está botándome el suyo malsano; que no tenga después que darle la espalda porque me hace falta evitarla para respirar bien, y después salir regañado porque es grosero darle la espalda a una persona que lo está ayudando a uno, así se trate de mi doméstica. Todavía me falta decirle: “Lávese la boca, vieja hijueputa”, pero a pesar de mi incomodidad evidente cada vez que me da de comer, la vieja lo único que ha hecho es que un día llegó con los labios pintados, como si el perfume del labial fuera suficiente, ni siquiera intentó lo más sencillo: no hablarme tan cerca o, mejor aún, no hablarme en absoluto. También quiero decirle que se limpie esas uñas o por lo menos “pínteselas, carajo”, pero para mantenerlas pintadas, no todas descascaradas como si se las hubiera estado armando con pedazos que recoge de la calle y pega con la grasa que después va a hacer mi comida.

Hartas cosas que se han quedado sin decir, y lo que no he tenido güevos para decir, al menos: “Póngase medias veladas, yo le regalo unas de navidad y con eso salgo de usted, pero no resisto sus venotas azules”, “Cuando salga rocíe ambientador, es que deja todo esto oliendo, no sé a qué, será a usted”, “Le regalo los esqueletos y los calzoncillos que me tiñó de rosado,

para sus hijos, pero sólo después de hacer que vuelvan a quedar blancos; hasta la perdonaría, pero no me voy a poner algo que tenga sus daños o sus enmendaduras”, “Cuando se eche dedo, hágalo en el tapete, huele pésimo, su olor no me deja dormir”.

Llevo esperando el momento perfecto, el momento en que mis labios se conviertan en los labios de mi imaginación, para poder decirlo tal y como se me representa en mis viñetas, lleno de agallas que ahora hasta me hacen fruncir y me hacen bruxar, sudo de solo pensarlo. Últimamente me falta coraje, he perdido la altivez y por eso ya no parezco cruel, parezco el muro de Berlín derribado, parezco de vidrio, un diamante harinoso, un blandito con colmillos y baba, pero asustado de la presa que ya no le teme.

Espero que Pastora vuelva, de verdad que debo verla una última vez. ¿La cogieron diciendo algo malo de mí? Pobre vieja, no sabe lo que hace, no sabe con lo que se enfrenta. Si se pone de sapa se encontrará con cigüeñas y mil depredadores en la cara de mi mamá. La única razón para que ella saliera sin que yo lo consintiera, sería si mis papás no pudieran esperar para echarla. Algo muy grave debió haber pasado. Pobre, ni su trabajo va a quedar; ya mañana volverá todo a empolvarse, y mi papá seguro se encargará de contrarrestar el resplandor de los baños con su culo de marfil como elefante y su intestino de terciopelo de cañería.

Una vieja sin dignidad, su carácter no se imponía a nada, incluso la casa la sometía. No siento una co-razonada sino una puñalada en el corazón, algo grave pasó y no va a volver, seguro. Mi casa es como una pajarera: sus huéspedes nunca entramos por la puerta de abajo. Para eso hay ascensor desde el helipuerto. Todo de muy buen gusto. Y tenemos ascensor que llega hasta el piso dos y medio, donde están las habitaciones; y va a dar en el primer piso a la cocina. Y es muy grande y blanca como de cal o de marfil. A Pastora le quedaba grande mi casa, la dominaban los objetos que parecen no quedarse quietos: los portarretratos que cambian de orientación por el culo de mi mamá o el mucho más masivo de mi papá; los cuadros que se tuercen y a veces hasta parecen deformarse por los impactos de los aterrizajes; y los libros que eran cambiados de entrepaño o de habitación por fantasmas que mi papá no admitía tener en sus manos. Era raro no verla haciendo oficio, desempolvando, fregando las paredes o las escaleras, o desaparecida en la cocina ayudando a la Chef con la comida.

Buena... Me cuesta llamarla así. Para ver algo como bueno necesito verlo útil. Pendeja, la pobre, pendeja es lo que es, dócil hasta con el espejo, sus mejores apariciones las hacía en fotos, si es que aún quedan fotos de ella en el mundo. Sólo el papel la va a recordar. Su presente estuvo a merced del presente de todas las demás personas, su posteridad sería una

casualidad, sólo sería posible como reemplazo, como esquirol, como una historia que solo encuentra lugar de suplente de alguna otra sin fortuna. ¿Cómo alguien tan alto como ella se deja jorobar? ¿Es que hasta el aire la excluye de su mesa? Qué decir de la vez que me invité a comer a su mesa. Mi hermana condujo mi silla de ruedas hasta la cocina. Pastora me sirvió el almuerzo y me dejó comiendo a solas porque su humildad no la dejó comer conmigo en la misma mesa. Prefirió su cuarto, y desde allí me interrogaba solo con atenciones, que si al jugo le hacía falta azúcar, o que si el lomo sí estaba bueno de sal, o que si quería bocadillo o queso con arequipe de postre. Nunca comimos juntos en una mesa.

Conocía muy bien mis apetitos. Nunca pensé que se convertiría en uno. A veces para trabajar se echaba perfumes que mi mamá le regalaba. Y mi papá también: Lacoste, Dior, Calvin Klein, Nautica, for Men, for Women... que como a su hijo a veces no le hacían falta, entonces los dejaba para ella. La vieja tenía mejores perfumes que las mamás de gente que conozco. Y, así, pasaba al lado mío con uniforme impecable, perfumada con algún aroma desacostumbrado, y limpiaba mientras yo estaba leyendo o viendo televisión o mirando la ciudad a lo lejos. El silencio de la casa era quebrado muy rara vez, casi siempre por mi hermana, cuando venía le gustaba pasársela conmigo viendo películas o pereceando en piyama, en mi

cuarto, porque su cuarto de aquí le recordaba que su cuarto de verdad estaba en Barcelona. Pastora aparecía, desfilaba su vejez, su flacidez, sus venotas azules, su pelo entrecano de cabuya, y la casa despertaba del silencio y se convertía en sus pasos livianos, y en los frotos que se hacían sus piernas, y en los roces de su vestido con las sábanas. Levantaba los brazos, que no le olían a chucha sino a perfume, y pasaba su culo y su vientre a centímetros de mí, y no olía a culo y a vientre sino a perfume, olía como seduciéndome. Y, así, un día le lancé mi brazo a la cintura y de un tirón la senté en mis piernas. Al comienzo se resistió, pero le dije que solo quería olerla y la persuadí con una llave poniendo su brazo en su espina. Primero pasé mi nariz por su espalda, luego abrí mis labios y los rocé con cada una de sus vértebras hasta llegar a su cuello, su mejor atributo. Intentó pararse, pero no era más fuerte que yo, entonces la tiré del pelo y le dije que sólo quería olerla. Le subí la falda, le bajé los calzones, y le enterré mis dedos. La primera vez intentó gritar, la segunda vez bajó la guardia y se dejó, y la tercera empezó a mojarse. La solté y la empujé afuera de mi silla. Olí mi dedo y no me gustó. Le dije que olía muy mal. Desde ahí ella cambió, y empezó a desearme. A veces mi cama olía a ella, a su vagina, y algunas veces sentía que la deseaba. La llamaba y le metía una pelota de tenis en la boca, olía su cuerpo como si quisiera separarle la piel del resto de su cuer-

po, la olía completa, y la penetraba con mis dedos. A veces sentía asco, como un asco acumulado que se desquitaba de mis juegos.

Y así llegó el día en que cogiéndola del cuello, sentada en mis piernas, le pregunté qué deseaba, la obligué a que me dijera qué era lo que más quería en el mundo. Luego de insistirle muchas veces contestó: “Sus ojos azules”. Aún no sé bien qué quiso decir, y desde ahí solo quiero decirle lo peor. Detesto cargar con la culpa de sus ojos café y su piel india y vieja. I hate you raven undercover!

Autores

Álvaro Vanegas. Bogotano. 31 años. Amante del terror en el cine y la literatura. Ha escrito varios guiones para cortometrajes y se dedica a la literatura desde hace un poco más de seis años. Hasta ahora ha escrito dos libros, uno de cuentos y una novela, que espera sean publicados próximamente. Su relato “Tiene que Hacerse” le valió su primera publicación en físico, por parte de la página web española, mascultura.com, en una selección de 16 cuentos que se hizo entre más de 260. “Parmenio el Invisible”, le alcanzó para ocupar el quinto puesto entre más de cien, en la categoría de fantasía en un concurso organizado por la página ociozero.com. Con “Equilibrio” ocupó el cuarto puesto en el concurso de escritores e ilustradores “Historias Inversas”, organizado por descritos.com. Hizo parte del Taller de Creación de Cuento en Luziérnaga Café Libro en 2010.

Mónica Bernal, más conocida en el Planeta Tierra como Bambi e interplanetariamente como B.A.M.V.I, es cosmonauta, traficante interplanetaria y fuerte exponente en el área de la imaginación y viajes espaciales. Se desempeña como aprendiz de humano con relativamente amplio conocimiento de la física del infinito, de la magia y de las lenguas perdidas de los objetos. Escribe, juega, pinta, modela, moldea, imagina, viaja, crea, recrea y vuela. Jefe único y Capitán reconocido de la flota espacial Himallineishon. Participó en el Taller de Creación de Personajes en Luziérnaga Café Libro en 2010.

Carol J. Angel. Estudiante de Doctorado en Psicología en la Universidad de Palermo, Buenos Aires, Argentina. Ha publicado poesía en distintos espacios virtuales y distintos artículos, ponencias y textos académicos en distintos congresos (XII Congreso Metropolitano de Psicología Buenos Aires; IX Congreso Internacional de Prevención de Riesgos Laborales, Santiago de Chile, entre otros). Hizo parte del Taller de Creación de Cuento en Luziernaga Café Libro en 2010.

Carol Ximena Garzón. Ecóloga nacida en Bogotá. Cuenta con maestría en biología evolutiva. Actualmente está finalizando su doctorado en Ecología Tropical. Participó en los talleres de Creación de Cuento y Creación de Personajes en Luziernaga Café Libro en 2010.

Claudia Carrión. Nació en Bogotá en 1987. Estudiante de Lenguas Extranjeras en la Universidad Pedagógica Nacional, Claudia dedica su vida a la lectura y escritura de todas aquellas historias extrañas que la gente tenga para contar. Sus autores favoritos son Julio Cortázar, Oscar Wilde, Edgar Allan Poe, Pedro Gómez Valderrama y Haruki Murakami. Realizó el Taller de Creación de Cuento en Luziernaga Café Libro en 2010.

Diana Paola Castillo, soy Artista Plástica de la Universidad de los Andes, con estudios en Animación y Dibujo de la Universidad Javeriana de Bogotá y la Universidad Nacional de Colombia, respectivamente. He participado con mis trabajos de pintura, dibujo y video en diferentes espacios de divulgación artística en Colombia como el II y III Festival Internacional de Cine para Niños de Bogotá, en el VIII Festival Internacional de la Imagen de Manizales, el III Salón de Arte Joven del Club

El Nogal de Bogotá, entre otros. Sin embargo pienso que el artista es artista por su esencia y lo más valioso es cultivar el arte desde adentro y madurarlo para poder compartirlo, y, así, contribuir a la sociedad a la que pertenecemos. El arte determina mi existencia, la manera en que percibo el mundo y cómo me desenvuelvo en él; soy una soñadora nocturna, bailarina de danza árabe, con una gran pasión por la docencia y gracias a los talleres de Cuento y de Creación de Personajes de Luziérnaga Café Libro, he podido experimentar mi creatividad a través de la escritura. Mi sitio web es www.dianacastillopintayanima.com y mi blog es espiritupeludo.blogspot.com.

Diana Hernández Varona. Soy una amante de la vida y sus colores, de la risa y la irreverencia. Soy educadora preescolar, trabajo en ventas, madre, abuela y ama de casa. Tomé el Taller de Creación de Cuento entre marzo y mayo de 2011. Una experiencia que para mí renovó viejos sueños, regalándome la oportunidad de volver a crear a través de las palabras. En mi caso, una oportunidad inolvidable.

Diego Gómez Pineda. Nació en Bucaramanga en 1978. Casado sin hijos. Estudió Ingeniería Civil en la Universidad de los Andes y una maestría en la Universidad Politécnica de Madrid, España. Trabaja actualmente en el sector de la construcción y combina su actividad profesional con la literatura. Es lector juicioso y escritor de cuentos. Ha participado en el taller de cuento del Gimnasio Moderno dictado por Carlos Castillo Quintero en 2010 y en el taller de cuento de la Fundación Fahrenheit 451 en 2011, dictado por Raúl Harper y Sergio Gama. También ha participado en talleres virtuales. Su cuento “Mensaje en la botella” fue publicado en la revista virtual es-

pañola “Aledaños de la Literatura”, en 2004, y su cuento “Las mentiras de los niños” fue uno de los 12 finalistas entre más de 1.000 cuentos en el concurso “XIII Premios Mario Vargas Llosa NH de Relatos” en 2010.

Isabel Cristina Arenas. Escritora colombiana (Bucaramanga, 1980). Finalista del I Concurso de Cuento Corto Álvaro Cepeda Samudio de Sic Editorial (2005). Participó en el Taller de Creación de Cuento Luziérnaga Café Libro (2010) y en el Taller de Escrituras Creativas Ciudad de Bogotá (2011). Blog personal: www.elhermafroditadormido.com.

Leonor Perilla. Soy Trabajadora Social de pregrado, me desempeño como Docente Universitaria la mayor parte de mi tiempo, además de todas las labores cotidianas que tenemos las mujeres. En mis “ratos libres” me encanta dedicarme a la literatura –leer y escribir. Participé en un grato y fructífero Taller de Cuento con Raúl y Sergio y un grupo de compañeras estupendas, en el primer semestre del 2011. En el taller aprendí y me divertí muchísimo.

Mábel Moreno; soy actriz y escribo cuentos desde los 14 años. Tengo un libro publicado que se llama “Lo que nos separa nos une”, un compilado de 10 cuentos todos de mi autoría. Realicé el Taller de Creación de Cuento y el Taller de Creación de Personajes en Luziérnaga Café Libro en 2010.

Marcela Carrillo Cano es una Artista Visual con énfasis gráfico, nacida en la ciudad de Bogotá, Colombia, en el año de 1986. Actualmente realiza diseños de stands publicitarios y material para publicidad. Taller de Creación de Cuento tomado en el primer semestre del año 2011.

María Luisa Pieschacón Celis. Nacida en Bogotá en 1956, con treinta años de ejercicio profesional en el campo del Derecho con énfasis en el área de familia. En mi afición por escribir relatos, cuentos y crónicas he incursionado en los siguientes talleres: Escritores.org, en 2006 (tres módulos virtuales trimestrales: Creación literaria, Relato y Redacción y estilo); y Luziérnaga Café Libro, en 2010 (Cuento).

Mario Froilán Reyes Becerra (Duitama, Boyacá, 1956). Abogado (Universidad Externado de Colombia); Especialista en Derecho Laboral (Universidad Javeriana). Se desempeña en el área de Seguros Generales. La Universidad Central publicó: “Recuerdo de mi última comunión”, como resultado del concurso nacional de cuento 2008. Finalista en el concurso de cuento de la Alcaldía de Paipa en el año 2009 con el cuento “Presentimiento”. Dos de sus microrrelatos: “Desplazamiento” y “Buen título” fueron publicados en el libro “Los comprimidos memorables del siglo XXI”, una antología seleccionada con ocasión del VI Congreso Internacional de Minificción. Finalista en el Concurso Nacional de Cuento para estudiantes y egresados del TEUC, el pregrado de Creación Literaria y la Especialización en Creación Narrativa, 2011, con el cuento “Un puno al nobel”. Autor del libro de cuentos costumbristas “Un loco sin cadenas. Los conversatorios del Loco Reyes”, publicado en 2007. Columnista del periódico “El Otro” de Duitama. Participó en el Taller de Escritores de la Universidad Central de Colombia (en el segundo semestre del 2007), en el Taller de Cuento de la Fundación Fahrenheit 451 y en el de Crónica de la misma Fundación (2011).

McCarthy Newball. Me alumbraron en Bucaramanga el 25 de enero de 1982. Magister en Ingeniería de Sistemas y Computación de la Universidad de los Andes. Hace cuatro años hice de mi vida un proyecto: saldar la deuda humanitaria, la desazón, la levedad existencial que me dejaron 12 años de colegio y 10 de carrera. Ahora se me va la vida entre al amor a la gente y a la literatura. Hasta hoy no concibo una manera más exaltante de ocupar mis ganas. Participé en el Taller de Cuento de Luziérnaga Café Libro en 2010. Actualmente, para preocupación de mi familia, curso la Especialización en Creación Narrativa de la Universidad Central. Mi caso pasará a ser jurisprudencia para animar nuevas prepagos, haraganes o políticos sensatos, la nueva generación de causas perdidas con mi apellido.

Santiago Iregui, escritor de diarios de almohada y de cartas nunca enviadas, de cortitos cuentos y cortitas crónicas. Diseñador industrial. Fundador del Colectivo Artístico EL RATO. Hizo parte del Taller de Creación de Cuento y del Taller de Creación de Personajes en Luziérnaga Café Libro en 2010.

